

SERMÓN DE LOS ARRIANOS

Traductor: P. José María Ozaeta, OSA

Sermón de los arrianos

1. Nuestro Señor Jesucristo es Dios unigénito y primogénito de toda la creación.
2. Fue constituido antes de todos los siglos por voluntad de Dios y Padre suyo.
3. Por su propia virtud, aunque por voluntad y precepto del Padre, hizo de la nada lo celeste y terrestre, lo visible y lo invisible, lo corpóreo y lo espiritual.
4. Ya antes de hacer todo esto, fue constituido Dios y Señor, rey y creador, que por naturaleza tiene presciencia de todo lo futuro y para crear atiende en todo el mandato del Padre. Por voluntad y precepto del Padre descendió del cielo y vino a este mundo, como Él mismo lo afirma: *No he venido por mi cuenta, sino que Él me ha enviado* ¹.
5. Y porque, entre todos los grados de los seres espirituales y racionales, parecía el hombre algo inferior a los ángeles a causa de la condición y fragilidad del cuerpo ², para que no se creyera vil y por eso desesperase de su salvación, el Señor Jesús, honrando su hechura, se dignó asumir la carne humana. Así manifestó que el hombre no es un ser despreciable, sino precioso, como está escrito: *Grande y precioso es el hombre* ³. Y por eso sólo al hombre se ha dignado hacer heredero de su Padre y coheredero suyo, de modo que el que menos recibió en la naturaleza tuviere más en el honor.
6. *Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer* ⁴. El que por voluntad del Padre asumió la carne, también por voluntad y precepto paterno vivió en un cuerpo, como Él mismo lo dice: *Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la del que me envió* ⁵. Él mismo, por voluntad del padre, fue bautizado a los treinta años; se manifestó por la palabra y el testimonio del Padre ⁶; por voluntad y mandato del Padre predicó el evangelio del reino de los cielos, como Él mismo lo atestigua: *Es preciso que predique el evangelio en otras ciudades; para esto he sido enviado* ⁷. Y en otro lugar: *Él me ordenó lo que he de decir o lo que he de hablar* ⁸. Y así, por voluntad y precepto del Padre, se encaminó con prontitud a la pasión y muerte, como Él lo testifica: *Padre, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú* ⁹. También lo afirma el Apóstol: *Hecho obediente al Padre hasta la muerte, y una muerte de cruz* ¹⁰.
7. Por voluntad y precepto del Padre, estando crucificado, entregó la carne humana, que había tomado de Santa María Virgen, en manos de los hombres y encomendó su divinidad en manos del Padre: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* ¹¹. Pues María dio a luz el cuerpo que había de morir y Dios inmortal engendró al Hijo inmortal. Luego la muerte de Cristo no implica merma de su divinidad, sino la entrega de su cuerpo. Así como su generación de una virgen no fue la corrupción de su deidad, sino la asunción de un cuerpo, así también en su muerte la divinidad no sufrió pasión ni abandono; sólo se dio la separación de su carne. Como el que desgarrar el vestido injuria al que está vestido, del mismo modo los que crucificaron su carne afrontaron a su divinidad.
8. El que por voluntad y precepto del Padre cumplió perfectamente la misión que le había sido encomendada, por voluntad y precepto del Padre resucitó su cuerpo de entre los muertos. Y con el mismo cuerpo, como el pastor con la oveja, el sacerdote con la oblación, el rey con la púrpura, Dios con el templo, fue llevado a la gloria por el Padre.
9. El que por voluntad del Padre descendió del cielo y ascendió a él, por voluntad y precepto del Padre está sentado a su derecha, oyendo al Padre decirle: *Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos de estrado de tus pies* ¹². El que por voluntad y precepto del Padre está sentado a mi derecha, por voluntad y precepto del Padre vendrá al final de los tiempos, como lo proclama el Apóstol: *Y el mismo Señor, con voz de mando, a la voz del arcángel y al son de la trompeta de Dios, bajará del cielo* ¹³. El que por voluntad y precepto del Padre vendrá, por voluntad y precepto del Padre juzgará con justicia a todos y dará a cada uno según su fe y sus obras. Él mismo lo ha dicho: *El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio se lo ha entregado al Hijo*. Y en otro lugar: *Según oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* ¹⁴. De donde se sigue que también al juzgar antepone el poder del Padre y pospone su divina dignidad y potestad segunda, pues dice: *Venid, benditos de mi Padre* ¹⁵. Luego el Hijo es el juez justo. El honor y la autoridad pertenecen al que juzga; pero las leyes imperiales, al Padre. Como la súplica de oficio y el consuelo son propios del Espíritu Santo, la dignidad de justo juez es propia del Unigénito de Dios.
10. Por consiguiente, el Hijo fue engendrado por el Padre; el Espíritu Santo fue hecho por el Hijo.
11. El Hijo anuncia al Padre; el Espíritu Santo al Hijo.

12. La primera y principal obra del Hijo es revelar la gloria de su Progenitor; la primera y principal obra del Espíritu Santo es manifestar en las almas de los hombres la dignidad de Cristo.

13. El Hijo es testigo del Padre; el Espíritu lo es del Hijo.

14. El Hijo es enviado por el Padre; el Espíritu por el Hijo.

15. El Hijo es ministro del Padre; el Espíritu Santo lo es del Hijo.

16. El Hijo es mandado por el Padre; el Espíritu Santo por el Hijo.

17. El Hijo es súbdito del Padre; el Espíritu Santo lo es del Hijo.

18. El Hijo hace lo que le manda el Padre; el Espíritu Santo dice lo que le ordena el Hijo.

19. El Hijo adora y honra al Padre; el Espíritu Santo adora y honra al Hijo. Así lo dice el mismo Hijo: *Padre, yo te he honrado sobre la tierra, y la obra que me mandaste la he consumado* ¹⁶; y del Espíritu Santo afirma: *Él me honrará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará* ¹⁷.

20. El Hijo por sí no puede hacer nada, sino que en todo aguarda la orden del Padre. El Espíritu Santo por sí no habla, sino que en todo espera el mandato de Cristo: No hablará por sí, sino que dirá todo lo que oyere, y os anunciará lo venidero.

21. El Hijo ruega por nosotros al Padre; el Espíritu Santo pide por nosotros al Hijo.

22. El Hijo es la imagen viva y verdadera, propia y condigna de toda la bondad, sabiduría y virtud del Padre. El Espíritu es la manifestación de toda la sabiduría y virtud del Hijo.

23. El Hijo no es parte o porción del Padre, sino propio y dilectísimo, perfecto y pleno Hijo unigénito. El Espíritu no es parte o porción del Hijo, sino la obra primera y principal sobre todas las demás del Unigénito de Dios.

24. El Padre es mayor que su Hijo. El Hijo es incomparablemente mayor y mejor que el Espíritu.

25. El Padre es Dios y Señor para su Hijo. El Hijo es Dios y Señor para el Espíritu.

26. El Padre, inmutable e impasiblemente queriendo, engendró al Hijo. El Hijo hizo sin trabajo ni fatiga, por su sola virtud, al Espíritu.

27. El Hijo, en cuanto sacerdote, adora a su Dios, y es adorado por todos como Dios y creador de todos. Pero el Padre es el único que a nadie adora, pues no hay un ser mayor o igual a quien tenga que adorar. A ninguno da gracias, pues de nadie ha recibido beneficio alguno. Por su bondad concedió que todos existiesen; pero lo que Él es, de nadie lo ha recibido. Luego se da la distinción de tres sustancias: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y la diferencia de tres realidades: Dios ingénito, Dios unigénito y Espíritu abogado. El Padre es Dios y Señor de su Hijo y de todo lo que ha sido hecho por la virtud del Hijo, pero contando con su voluntad. El Hijo es ministro y sumo sacerdote de su Padre, y, porque lo quiere el Padre, es Señor y Dios de todas sus obras.

28. Y así como nadie sin el Hijo puede ir al Padre, del mismo modo nadie sin el Espíritu Santo puede adorar verdaderamente al Hijo; luego en el Espíritu Santo el Hijo es adorado.

29. El Padre es glorificado por el Hijo.

30. Actividad y solicitud del Espíritu Santo es santificar y guardar a los santos; y no sólo a los seres racionales, como algunos piensan, sino también santificar a muchos irracionales. Y a los que cayeron por negligencia, volverlos a su estado primitivo; enseñar a los ignorantes, amonestar a los olvidadizos, argüir a los que pecan, exhortar a los perezosos para que piensen en su salvación y obren con diligencia, conducir al camino de la verdad a los equivocados, curar a los enfermos, sostener la fragilidad del cuerpo por el vigor del alma, confirmar en el amor de la piedad y de la castidad, iluminar a todos sobre todo, conceder a cada uno la fe y la caridad; también según el deseo y la solicitud, la sinceridad y simplicidad de la mente, la medida de la fe y la importancia de la comunicación, distribuir la gracia para utilidad y ordenar a cada uno en la ocupación y género de vida para los que fuere apto.

31. El Espíritu Santo es distinto del Hijo según la naturaleza y condición, grado y voluntad, dignidad y potestad, virtud y operación. Como también el Hijo, Dios unigénito, es distinto del Dios ingénito según la naturaleza y condición, grado y voluntad, divina dignidad y potestad.

32. Es imposible que uno y el mismo sean el Padre y el Hijo, el que engendra y el que nace, el que es testificado y el que da el testimonio, el mayor y el que confiesa al mayor, el que está sentado a la derecha y permanece en esa sede y el que dio el honor de la misma, el que es enviado y el que envía. Tampoco puede ser uno y el mismo el discípulo y el maestro, según Él mismo enseñó: *Como el Padre me ha enseñado, así hablo* ¹⁸; ni el semejante e imitador con el que da gracias y el que bendice, ni el que recibe órdenes y el que las da, ni el ministro y el que manda, ni el que suplica y el soberano, ni el súbdito y el superior, ni el primogénito y el sempiterno, ni el unigénito y el ingénito, ni el sacerdote y Dios.

33. Pero Dios, que no tiene principio, sí tenía presciencia de que sería el futuro Padre de su hijo, el unigénito de Dios. Sin embargo, nunca tuvo presciencia de que Él sería, pues es el ingénito, y nunca comenzó ni a saber de antemano ni a conocer. Pues ¿qué es la presciencia sino la ciencia de lo futuro? El Padre, engendrando al Hijo, es llamado Padre por el mismo Hijo. Y porque el Hijo lo ha revelado, los cristianos le conocen como Dios y Padre del unigénito de Dios, mayor que el grande y mejor que el bueno.

34. Los homousianos afirman que nuestro Salvador, por humildad, dijo todo esto de la presciencia del Padre y de su sujeción. Sin embargo, nosotros los cristianos creemos que todo esto lo dijo porque el Padre lo mandó y el Hijo obedeció. Decimos y probamos que los herejes son refutados y censurados con sus propias afirmaciones. Si, pues, se humilló, la misma humildad manifiesta su obediencia; a su vez, la obediencia da a conocer la existencia de otro supraeminente, de un subsistente y otro sumiso. Así lo afirma el Apóstol: *Se humilló, hecho obediente al Padre hasta la muerte* ¹⁹. Y su misma humildad es verdad, no falsedad. Pues ¿acaso se ha visto que un sabio se sienta obligado a humillarse, a no ser que exista otro mayor y mejor que él, al cual se apresura a agradar con su humildad? *Yo hago siempre lo que le agrada* ²⁰. Pues de una vez, antes de todos los siglos, nació por voluntad de Dios, y todo lo hace según la voluntad de Dios. Si, pues, se humilló y mintió (Dios nos libre de tal pensamiento), y si la verdad miente (lo cual es imposible), ¿dónde buscaremos la verdad? Pero la verdad ni miente ni cambia, pues para esto vino al mundo, para enseñar la verdad. No es doctor de la ignorancia, sino maestro de la verdad, como Él mismo afirmó: *No os dejéis llamar maestros en la tierra, pues uno es vuestro maestro, Cristo* ²¹. Pero si dijeren que por su encarnación se humilló en la tierra y por los hombres decía esto, les manifestaremos que encontramos en la Escritura testimonios más importantes y más firmes sobre la sujeción del Hijo, de los cuales habla el Evangelio. Pues si se humillaba sobre la tierra a causa de los hombres, y no en cuanto Hijo obediente y sumiso que rinde obsequio a su Padre con incomparable amor y acción de gracias, porque cuanto sublime es en la potestad tanto es humilde en la obediencia, antes de asumir la carne, ¿por qué escuchó el mandato?; y ahora que está sentado a la derecha de Dios, ¿por qué intercede por nosotros ²²?; y existiendo en un cuerpo sobre la tierra, ¿por qué prometió que en el cielo rogaría al Padre: *Y yo rogaré a mi Padre, y Él os dará otro abogado?* ²³ Y si aún no quisieren admitir todo esto a causa de la dureza y ceguera de su corazón, sino que se atrevieren a decir que todo esto fue hecho por humildad, después de la consumación del mundo, si no se supiere sujeto y obediente por naturaleza y voluntad, ¿para qué había de humillarse, cuando a causa de los hombres la humildad no es necesaria? Y después de la consumación del siglo, cuando todo le esté sujeto ²⁴, pues ahora por naturaleza todo le está sometido, como la criatura al Creador; pero por voluntad, debido al libre albedrío, vemos que no todo le está sujeto; sin embargo, en el día del juicio, cuando al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre ²⁵, todo le estará sometido para siempre por voluntad y naturaleza, y Él, después de la entrega de todo, permaneciendo en aquella obediencia y caridad, en las que siempre se mantuvo, se someterá como Hijo a Aquel que le sometió todo. Ningún cristiano que oiga esto ignora que la fe viene de la predicación, y ésta, de la palabra de Cristo ²⁶. Para que Dios sea todo en todos, teniendo siempre la monarquía y la potestad de todo, al cual la gloria y el honor, la alabanza y la acción de gracias por su Hijo unigénito, Señor y Salvador nuestro, en el Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

1 - Jn 8, 42.

2 - Cf. Sal 8, 6.

3 - Pr 20, 6, sec. LXX.

4 - Ga 4, 4.

5 - Jn 6, 38.

6 - Cf. Lc 3, 21-23.

7 - Lc 4, 43.

8 - Jn 12, 49.

9 - Mt 26, 39.

10 - Flp 2, 8.

11 - Lc 23, 46.

12 - Sal 109, 1.

13 - 1Ts 4, 15.

14 - Jn 5, 22, 30.

15 - Mt 25, 34.

16 - Jn 17, 4.

- 17 - Jn 16, 14.
- 18 - Jn 8, 28.
- 19 - Flp 2, 8.
- 20 - Jn 8, 29.
- 21 - Mt 23, 10.
- 22 - Cf. Rm 8, 34.
- 23 - Jn 14, 16.
- 24 - Cf. 1Co 15, 28.
- 25 - Cf. Flp 2, 10-11.
- 26 - Cf. Rm 10, 17.

RÉPLICA AL SERMÓN DE LOS ARRIANOS

Traductor: P. José M^a Ozaeta León, OSA

Nuestro Señor Jesucristo es Dios

I.1. Con esta disertación respondo a la anterior exposición de aquellos que, confesando en verdad a nuestro Señor Jesucristo como Dios, sin embargo no quieren confesarle verdadero Dios y único Dios juntamente con el Padre. Pretenden que admitamos dos dioses de diversa y distinta naturaleza, uno verdadero y otro no, contra lo que está escrito: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un único Dios*¹. Si quieren entender este texto como dicho del Padre, se sigue que Cristo no es Señor Dios nuestro; y si lo entienden del Hijo, el Padre no sería Dios y Señor nuestro; pero si lo aplican a los dos, sin duda alguna el Padre y el Hijo son un solo Señor Dios nuestro. Y lo que está escrito en el Evangelio: *Para que te conozcan a ti, único verdadero Dios, y al que enviaste, Jesucristo*², se ha de entender como si se dijera: "Para que a ti y al que enviaste, Jesucristo, os conozcan como único verdadero Dios"; pues el apóstol Juan también afirmó de Cristo: *Él es el verdadero Dios y la vida eterna*³.

2. Asimismo, cuando sostienen que Cristo "fue constituido antes de todos los siglos por voluntad de Dios y Padre suyo", se ven obligados a confesar que el Hijo es coeterno al Padre. Pues si alguna vez el Padre estuvo sin el Hijo, antes de existir el Hijo se dio algún tiempo en el que el Padre estaba solo sin el Hijo. ¿Y cómo sería el Hijo antes de todos los siglos, cuando antes que él existía un tiempo en el que el Padre estaba sin el Hijo? Finalmente, si el Hijo existía antes de todos los tiempos (pues no de otro modo se ha de entender: *En el principio existía el Verbo, y Todo fue hecho por él*⁴; y puesto que el tiempo no puede darse sin ciertos movimientos de la criatura, también confesamos que por el Hijo fueron hechos los tiempos, ya que por él fueron hechas todas las cosas), sin lugar a dudas el Hijo es coeterno al Padre. Pero añaden: "fue constituido por voluntad del Padre", para no decir que es Dios de Dios, igual, engendrado y coeterno. Aunque en ninguna parte lean que "el Hijo fue constituido antes de todos los siglos por voluntad del Padre", sin embargo lo afirman, para que parezca que la voluntad del Padre, por la que, según sostienen, fue constituido, es anterior a él. Su modo de argumentar suele ser éste. Preguntan si el Padre engendró a su Hijo queriéndolo o no queriéndolo; para que si se responde: "queriéndolo" puedan argüir: "luego la voluntad del Padre es anterior". Pues ¿quién podrá decir que el Padre engendró en contra de su voluntad? Pero para que sepan que dicen vaciedades, también nosotros vamos a interrogarles: ¿Dios Padre es Dios, queriéndolo o no queriéndolo? No osarán decir que no quiere ser Dios. Luego si responden que es Dios queriéndolo, de este modo habrá que excluir su vanidad, ya que se puede afirmar que la voluntad del Padre es anterior a Él mismo. ¿Podrá decirse algo más demencial?

Coeterno con el Padre

II. 3. Luego dicen que el Hijo "por su propia virtud, aunque por voluntad y precepto del Padre, hizo de la nada lo celeste y lo terrestre, lo visible y lo invisible, lo corpóreo y lo espiritual". Por tanto, hay que preguntarles si también el Hijo ha sido hecho por el Padre sin algo existente, es decir, de la nada. Si no se atreven a sostener esto, luego es Dios de Dios y no hecho por Dios de la nada, lo cual indica la existencia de una y misma naturaleza en el Padre y en el Hijo. Pues ni el hombre, el animal, el ave, el pez pueden engendrar hijos de su misma naturaleza, y Dios no pudo. Pero si se atreven a arrojar al profundo precipicio de su impiedad, diciendo que el Hijo unigénito fue hecho de la nada por el Padre, busquen por medio de quién el Hijo ha sido hecho de la nada por el Padre. No pudo ser hecho por medio de sí mismo, como si ya existiera antes de ser hecho, de modo que él fuese por quien él mismo sería hecho. ¿Y qué necesidad había de que fuera hecho el que ya existía? ¿O cómo fue hecho para que existiese el que ya existía antes de ser hecho? Por último, si el Padre lo hizo por medio de otro, ¿quién es este otro, puesto que todo fue hecho por él? Si, pues, el Padre le hizo sin ningún mediador, ¿cómo el Padre ha hecho algo sin ninguno, cuando por el Hijo, es decir, por su Verbo, todo fue hecho?

Dios de Dios, engendrado, no creado

III. 4. Dicen: "Ya antes de hacer todo fue constituido Dios y Señor, rey y creador, que por naturaleza tiene prescencia de todo lo futuro y para crear atiende en todo el mandato del Padre. Por voluntad del Padre descendió del cielo y vino a este mundo, como él mismo lo afirma: *No he venido por mi cuenta, sino que Él me ha enviado*"⁵. Quisiera que me digan éstos si admiten dos creadores. Si no se atreven, porque sólo hay uno, pues de él, por él y en él son todas las cosas⁶. Ciertamente un solo Dios es la Trinidad, y como es un solo Dios, también es un solo creador. ¿Qué es lo que dicen cuando afirman que el Hijo creó todo por mandato del Padre? ¿Acaso el Padre no creó, sino que ordenó al Hijo que creara? Piensen éstos, que sienten carnalmente, con qué otros verbos (=palabras) el Padre mandó a su único Verbo. Construyen en la ficción de su corazón como dos sujetos, aunque al lado el uno del otro; sin embargo, cada uno de ellos ocupando su lugar: uno mandando y otro obedeciendo. No entienden que el mandato mismo del Padre, para que todo fuera hecho, es el Verbo del Padre, por quien todo fue hecho.

No se puede negar que el Padre envió al Hijo. Pero consideren, si pueden, cómo le envió, pues vino Él con el Hijo. ¿Por ventura ha mentido el que dijo: *No estoy yo solo, ya que mi Padre está conmigo?*⁷ Entiendan, sin embargo, el

ser enviado como les plazca, ¿acaso han de tener distinta naturaleza por el hecho de que el Padre envía y el Hijo es enviado? A no ser que el padre humano pueda enviar al hijo humano, ambos de la misma y única naturaleza, y Dios no pueda enviar a su Hijo. Pues el hombre que es enviado se separa del hombre que le envía, lo cual es imposible en Dios. Así, el fuego envía su esplendor, y éste, que es enviado, no puede separarse del fuego que lo envía. Aunque también este ejemplo, puesto que se trata de una criatura visible, no es aplicable del todo a este tema. Pues cuando el fuego envía su esplendor, éste llega más lejos que aquél. Luego el esplendor que es enviado por el fuego como luz, si pudiera hablar, ciertamente no podría decir con verdad en la pared a la que ha llegado sin el fuego: "El fuego que me ha enviado está conmigo". Pues como esta misión del Hijo, que viene del Padre, sea del todo inefable, y no pueda ser comprendida por inteligencia alguna, éstos son incapaces de demostrar de aquí que el Hijo sea de distinta e inferior esencia; puesto que no se demuestra que el hombre enviado por otro hombre por eso tengan diversa naturaleza el que envía y el que es enviado.

Un solo Dios, un solo Creador

IV. También esto puede ser entendido en cuanto que se diga que el Hijo es enviado por el Padre, porque el Hijo se apareció en carne a los hombres y el Padre no. Pero ¿quién puede ser enviado adonde está? Pues ¿en dónde no está la Sabiduría de Dios, que es Cristo, de la cual se lee: *Abarca vigorosamente del extremo al fin y dispone con suavidad todo?*⁸ Como también el Hijo está en todas partes, ¿cómo había de ser enviado adonde antes estaba sino apareciendo como antes no había aparecido? Asimismo leemos que el Espíritu Santo ha sido enviado, el cual, ciertamente, no asumió la naturaleza humana en la unidad de su persona. Ni sólo es enviado por el Hijo, como está escrito: *Cuando yo me vaya, os lo enviaré*⁹; también es enviado por el Padre, como se lee: *El Padre os lo enviará en mi nombre*¹⁰. De donde se sigue que ni el Padre sin el Hijo ni el Hijo sin el Padre envían al Espíritu Santo, sino que ambos juntamente lo enviaron. Pues las obras de la Trinidad son inseparables. Únicamente del Padre leemos que no fue enviado, pues sólo Él no tiene autor de quien sea engendrado o de quien proceda. Y así, no por la diversidad de la naturaleza, sino por la misma autoridad, de sólo el Padre no se dice que sea enviado. Pues el esplendor o el calor no envían al fuego, sino que el fuego envía al esplendor o al calor. Aunque estas cosas sean muy desemejantes y en las criaturas espirituales y corporales no se encuentra algo que con justicia pueda ser comparado a la Trinidad, que es Dios.

Los arrianos y la herejía apolinarista

V. 5. También dicen: "Y porque entre todos los grados de los seres espirituales y racionales parecía el hombre algo inferior a los ángeles a causa de la condición y fragilidad del cuerpo¹¹, para que no se creyera vil y por eso desesperase de su salvación, el Señor Jesús, honrando su hechura, se dignó asumir la carne humana. Así, manifestó que el hombre no es un ser despreciable, sino precioso, como está escrito: *Grande y precioso es el hombre*¹². Y por eso sólo al hombre se ha dignado hacer heredero de su Padre y coheredero suyo, de modo que el que menos recibió en la naturaleza tuviera más en el honor". Afirmando esto, quieren entender que Cristo asumió la carne humana, pero sin alma humana. Esta es la típica herejía de los apolinaristas. Mas también éstos, a saber, los arrianos, vemos que sostienen en sus escritos no sólo que se dan diversas naturalezas en la Trinidad, sino que Cristo carece de alma humana. Pero esto aparecerá con mayor claridad en lo que sigue de esta refutación. Ahora, a las palabras que hemos transcrito, respondemos, recordándoles el texto de la epístola a los Hebreos, referente a Cristo: *Lo rebajaste un poco respecto a los ángeles*¹³; también vean que no se aplica a la diversidad y desigualdad de la naturaleza del Padre y del Hijo lo que se dijo: El Padre es mayor que yo, sino más bien a que fue hecho algo inferior a los ángeles por la debilidad en la forma de siervo, en la que pudo padecer y morir.

Cristo es Dios y hombre

VI. 6. Asimismo afirman: *"Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer*¹⁴. El que por voluntad del Padre asumió la carne, también por voluntad y precepto paterno vivió en un cuerpo, como él mismo lo dice: *Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la del que me envió*¹⁵. El mismo, por voluntad del Padre, fue bautizado a los treinta años; se manifestó por la palabra y el testimonio del Padre¹⁶; por voluntad y mandato del Padre predicó el evangelio del reino de los cielos, como él mismo lo atestigua: *Es preciso que predique el evangelio en otras ciudades; para esto he sido enviado*¹⁷. Y en otro lugar: *Él me ordenó lo que he de decir o lo que he de hablar*¹⁸. Y así, por voluntad y precepto del Padre, se encaminó con prontitud a la pasión y muerte, como él lo testifica: *Padre, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*¹⁹. También lo afirma el Apóstol: *Hecho obediente al Padre hasta la muerte, y una muerte de cruz*"²⁰. Con estos testimonios de la Sagrada Escritura, ¿qué otra cosa pretenden sino persuadir que precisamente el Padre y el Hijo tienen distintas naturalezas, puesto que el Hijo se muestra obediente al Padre? Sin embargo, esto no lo dicen de los hombres: porque el hombre-hijo sea obediente al hombre-padre, no por eso ambos tienen diversa naturaleza.

El verbo se hizo hombre

VII. Puede que esto mismo que dice Jesús: *He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió*²¹, se refiera a lo que hizo el primer hombre Adán (del que dice el Apóstol: *Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte; y así se transmitió a todos los hombres, en el cual todos pecaron*²²),

que, por hacer su voluntad y no la del que le creó, sometió a todo el género humano a la propagación viciada de la culpa y de la pena. Por el contrario, aquel que nos iba a librar no hizo su voluntad, sino la del que le envió. Así, pues, en este lugar se dice su voluntad a la voluntad propia, que obra contra la voluntad de Dios. Pues cuando obedecemos a Dios, no decimos que hacemos su voluntad por aquella obediencia renuente, sino por la que queremos cumplir la divina; y si, porque queremos, la cumplimos, ¿cómo no haremos nuestra voluntad, a no ser que la Escritura la llame nuestra, pues la entiende como propia por ir contra la voluntad de Dios? Adán tuvo esta voluntad para que muriésemos en él; no la tuvo Cristo para que viviéramos en él. De la naturaleza humana, en efecto, se puede decir con toda certeza que por la desobediencia se da en ella voluntad propia, opuesta a la voluntad de Dios. Por lo que se refiere a la divinidad del Hijo, una e idéntica es la voluntad del Padre y del Hijo. Bajo ningún aspecto puede ser diversa la voluntad, donde la naturaleza de la Trinidad inmutable es única. El mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús²³, no hizo su propia voluntad, que es contraria a la de Dios, porque no era solamente hombre, sino Dios y hombre. En él, por admirable y singular gracia, la naturaleza humana pudo estar limpia de todo pecado. Por la cual afirma: *Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la del que me envió*²⁴. Por esta razón fue tan grande su obediencia, que careció totalmente de pecado el hombre que llevaba, porque había descendido del cielo; es decir, porque no era solamente hombre, sino también Dios. Así manifestó que era una sola persona en dos naturalezas, a saber: Dios y hombre; ya que si constituyera dos personas, comenzaría a existir una cuaternidad y no una trinidad. Pero porque tiene dos sustancias, aunque sea una sola persona, por eso lo dicho: *Descendí del cielo*, se refiere a la excelencia de Dios; y lo que se añade: *no para hacer mi voluntad*, a causa de Adán que hizo la suya, se refiere a la obediencia del hombre. Cristo es ambas cosas, a saber: Dios y hombre; y en cuanto hombre, se aprecia en él la obediencia, que es contraria a la desobediencia del primer hombre. Por eso dice el Apóstol: *Como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de un solo hombre muchos serán constituidos justos*²⁵.

La misma persona es Dios y hombre

VIII. Ni porque se dijo: *del hombre*, apartó a Dios el que asumió al hombre; pues, como dije y hay que recalcarlo mucho, es una sola persona. Pues el único Cristo es siempre Hijo de Dios por naturaleza e Hijo del hombre, ya que por gracia asumió en el tiempo la naturaleza humana. Ni la tomó de modo que primero fuese creada y después asumida, sino que fue creada en el mismo momento de asumirla. Y por la unidad de la persona en la doble naturaleza se dice que el Hijo del hombre descendió del cielo, aunque su naturaleza humana fuera tomada de aquella Virgen, que vivía en la tierra; también se dice que el Hijo de Dios fue crucificado y sepultado, aunque no padeció esto en la divinidad, por la que el Unigénito es coeterno al Padre, sino en la debilidad de la naturaleza humana. Pues él mismo dijo, según leemos, que el Hijo del hombre descendió del cielo: *Nadie sube al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo*²⁶. Pero también todos confesamos en el Símbolo que el Hijo unigénito de Dios fue crucificado y sepultado. De ahí que el Apóstol escribiera: *Si le hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria*²⁷. El bienaventurado Apóstol enseña la unidad de persona de nuestro Señor Jesucristo, que consta de doble naturaleza, divina y humana, de modo que cualquier vocablo de una se atribuye a la otra, los divinos a la humana y los humanos a la divina. El Apóstol manifiesta esto cuando nos exhorta a la humildad misericordiosa con el ejemplo de Cristo: *Tened el mismo sentir, dijo, que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en la forma de Dios, no consideró usurpación ser igual a Dios, sino que se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres, y en la condición de hombre, se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz*²⁸. Por ello, pues, el nombre de Cristo se encuentra escrito en la profecía: *Dios, el Dios tuyo, te ungió con el óleo de la alegría entre tus compañeros*²⁹. Luego a la realidad de la encarnación pertenece lo que se dijo: *tomó la forma de siervo, presentándose en la condición de hombre*, que por cierto comenzó en el tiempo a tener esa condición. Pero también del mismo Cristo se afirmó: *existiendo en la forma de Dios*; pues, en verdad, existía en la forma de Dios antes de asumir la forma de siervo, cuando aún no era Hijo del hombre, sino Hijo de Dios, igual al Padre por naturaleza, no por usurpación. Nada tuvo que usurpar para ser exaltado; así había nacido. Esta es la verdad. Pues todavía no existía Cristo, que comenzó a ser cuando *se humilló*, no perdiendo la forma de Dios, sino *tomando la forma de siervo*. Y si preguntamos: ¿quién es *el que, existiendo en la forma de Dios, no consideró usurpación ser igual a Dios*? El Apóstol nos responde: Cristo Jesús. Luego también aquella divinidad recibe el nombre de esta humanidad. Asimismo, si preguntamos: ¿quién *se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz*? Con toda precisión se responde: aquel *que, existiendo en la forma de Dios, no consideró usurpación ser igual a Dios*. En consecuencia, también esta humanidad recibe el nombre de aquella divinidad. Así, pues, aparece el mismo Cristo, coloso de doble naturaleza, bajo un aspecto, obediente; bajo otro aspecto, igual a Dios; bajo un aspecto, Hijo del hombre; bajo otro aspecto, Hijo de Dios; bajo un aspecto dice: *El Padre es mayor que yo*³⁰; bajo otro aspecto, *Yo y el Padre somos uno*; bajo un aspecto no hace su voluntad, sino la del que le envió; bajo otro aspecto dice: *Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo a los que quiere vivifica*³¹.

Padeció, murió y resucitó

IX. 7. Asimismo prosiguen diciendo: "Por voluntad y precepto del Padre, estando crucificado, entregó la carne humana, que había tomado de Santa María Virgen, en manos de los hombres, y encomendó su divinidad en manos del Padre: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*³². Pues María dio a luz el cuerpo que había de morir, y Dios inmortal engendró al Hijo inmortal. Luego la muerte de Cristo no implica merma de su divinidad, sino la entrega de su cuerpo. Así como su generación de una virgen no fue la corrupción de su deidad, sino la asunción de un cuerpo, así también en su muerte la divinidad no sufrió pasión ni abandono, sólo se dio la separación de su carne. Como el que

desgarra el vestido injuria al que está vestido, del mismo modo los que crucificaron su carne afrontaron a su divinidad". He aquí que en estas palabras claramente niegan que a la unidad de la persona de Cristo también pertenezca el alma humana, confesando únicamente en él la carne y la divinidad. Puesto que, cuando colgaba del madero, aquello que dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, lo entienden como si encomendase al Padre la misma divinidad, y no el espíritu humano, que es el alma. Con razón, en este mismo tratado, algo más arriba, donde pretendían que se entendiera que Cristo hizo la voluntad del Padre, no la suya, pues sostienen que tiene una naturaleza menor y distinta de la del Padre, citaban aquel texto que dice: *Padre, pase de mí este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*. Sin embargo, no quisieron transcribir este otro: *Triste está mi alma hasta la muerte*³³. Escuchen, pues, las citas que vamos a recordarles: *Triste está mi alma hasta la muerte; Tengo poder para entregar mi alma*³⁴; *Nadie tiene mayor amor que el que da su alma por sus amigos*³⁵. También lo profetizado de él, tal como lo entendieron los apóstoles: *Porque no abandonarás mi alma en el infierno*³⁶. Y para que no se opongan a estos y a otros testimonios parecidos de la Sagrada Escritura, confiesen que Cristo unió al Verbo unigénito no sólo la carne, sino también el alma humana, para ser una sola persona, que es Cristo, Verbo y hombre. Y así hay que entender que tiene doble naturaleza, a saber: la divina y la humana, y esta última consta de alma y carne. Y si se dejan llevar por lo que está escrito: *el Verbo se hizo carne*³⁷, entiendan que carne significa hombre, según el modo de hablar que toma la parte por el todo; como: *A ti vendrá toda carne*³⁸; asimismo, *Por las obras de la Ley no será justificada toda carne*³⁹; más claramente en otro lugar: *Nadie será justificado por la Ley*⁴⁰; y en otro pasaje: *Ningún hombre será justificado por las obras de la Ley*⁴¹. Pues así se dijo: *Toda carne*, como si se dijera: "Todo hombre". De este modo se dijo: *El Verbo se hizo carne*, en lugar de decir: "el Verbo se hizo hombre". Estos, sin embargo, que quieren entender al hombre Cristo hecho solamente de la carne humana, no negarán al hombre, del que clarísimamente se dice: *Uno es el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús*⁴². Me admira que no quieran admitir que por esta naturaleza humana de cualquier modo se pueda decir: *El Padre es mayor que yo*; no por aquella otra de la que se dijo: *Yo y el Padre somos uno*. ¿Quién podrá soportar que un simple hombre diga: "Yo y Dios somos uno?" ¿Y quién no admitirá que un hombre diga: "Dios es mayor que yo?" Es lo mismo que dijo el bienaventurado Juan: *Dios es mayor que nuestro corazón*⁴³.

Es el Buen Pastor

X. 8. También dicen: "El que por voluntad y precepto del Padre cumplió perfectamente la misión que le había sido encomendada, por voluntad y precepto del Padre resucitó su cuerpo de entre los muertos. Y con el mismo cuerpo, como el pastor con la oveja, el sacerdote con la oblación, el rey con la púrpura, Dios con el templo, fue llevado a la gloria por el Padre". Hay que preguntar a los que afirman esto qué oveja presentó el pastor al Padre. Pues si le presentó la carne sin alma, ¿qué oveja es ésta, sino tierra sin inteligencia, incapaz de dar gracias? Porque la carne sin alma, ¿qué puede?

Obediente a la misión del Padre

XI. 9. Asimismo prosiguen y dicen: "El que por voluntad del Padre descendió del cielo y ascendió a él, por voluntad y precepto del Padre está sentado a su derecha, oyendo al Padre decirle: *Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos de estrado de tus pies*⁴⁴. El que por voluntad y precepto del Padre está sentado a su derecha, por voluntad y precepto del Padre vendrá al final de los tiempos, como lo proclama el Apóstol: *Y el mismo Señor, por mandato, a la voz del arcángel y al son de la trompeta de Dios, bajará del cielo*⁴⁵. El que por voluntad y precepto del Padre vendrá, por voluntad y precepto del Padre juzgará con justicia a todos, y dará a cada uno según su fe y sus obras. Él mismo lo ha dicho: *El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio se lo ha entregado al Hijo*. Y en otro lugar: *Según oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*⁴⁶. De donde se sigue que también al juzgar antepone el poder del Padre y pospone su divina dignidad y potestad segunda, pues dice: *Venid, benditos de mi Padre*⁴⁷. Luego el Hijo es el juez justo. El honor y la autoridad pertenecen al que juzga, pero las leyes imperiales al Padre. Como la súplica de oficio y el consuelo son propios del Espíritu Santo, la dignidad es propia del Unigénito de Dios, justo juez". Nuestra respuesta anterior también es válida para esto. Porque el Hijo sea obediente a la voluntad y precepto del Padre, ni siquiera en los hombres demuestra una naturaleza diversa y desigual, la del padre que manda y la del hijo que obedece. A esto hay que añadir que Cristo no sólo es Dios, por cuya naturaleza es igual al Padre, sino que también es hombre, en virtud de lo cual el Padre es mayor que él, y no sólo es su Padre, sino también su Señor. Pues a esto se refiere aquella profecía: *El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo*⁴⁸. Ciertamente en él se da una sustancia inferior, por la que el Padre es mayor y es Señor del que tomó la forma de siervo. Pero en esta forma de la humanidad que asumió, sin perder la forma de la divinidad, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en la condición humana⁴⁹, también se manifestará en el juicio, en el que juzgará a los vivos y a los muertos. Por eso se dijo del Padre que *no juzgará a nadie, sino que todo juicio se lo dio al Hijo*⁵⁰. Porque los impíos verán en Cristo la forma del Hijo del hombre, cuando sean juzgados por él; de ellos está dicho: *Verán al que traspasaron*⁵¹. Pero, con toda certeza, no verán en el mismo Cristo la forma de Dios, por la que es igual al Padre. Así estaba predicho en la profecía: *Desaparezca el impío, para que no vea la claridad del Señor*⁵². A esto, pues, pertenece lo dicho: *Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios*⁵³. Por último, está atestiguado con toda claridad en aquel lugar, donde se dice: *Le dio el poder de juzgar, puesto que es el Hijo del hombre*⁵⁴. Y no porque es el Hijo de Dios, ya que en cuanto tal tiene la potestad coeterna e idéntica al Padre, sino porque es el Hijo del hombre, que comenzó a existir en el tiempo, para que en el tiempo se le concediera esa potestad. Esto no se dice como si él no se diera tal potestad; es decir, como si la naturaleza divina, que en él existe, no diera esa potestad a su naturaleza humana. No quiera Dios que se crea esto. Pero ¿cómo el Padre hará algo si no es por su Hijo unigénito? Tampoco sin

el Espíritu Santo, puesto que las obras de la Trinidad son inseparables. Y ya que el Padre dio la potestad al Hijo, porque es el Hijo del hombre, se la dio por medio de él mismo, pues es el Hijo de Dios, y *todo fue hecho por él, y sin él nada se hizo*⁵⁵. Pero el Hijo atribuye honorífica y convenientemente al Padre lo que también él hace en cuanto Dios, porque es Dios que procede del Padre. Pues él es Dios de Dios; mientras que el Padre es Dios, pero no de Dios.

Sentado a la derecha del Padre

XII. Afirman: "Oyó al Padre: *Siéntate a mi derecha*⁵⁶, y por eso se sentó a la derecha del Padre", como si esto lo hubiera hecho por mandato paterno y no también por su propia potestad. No cabe la menor duda de que si no lo tomamos en sentido espiritual, el Padre estaría sentado a la izquierda del Hijo. Pero ¿qué es la derecha del Padre sino aquella eterna e inefable felicidad, a la que el Hijo del hombre también llega una vez conseguida la inmortalidad de la carne? Porque si pensamos sabiamente y fielmente, la mano de Dios Padre no se refiere a los rasgos corporales, que no se dan en Dios, sino al poder efectivo, ¿no aplicaremos esto al mismo Unigénito, por quien todo fue hecho? De él afirmó el profeta: *¿Y a quién ha sido revelado el brazo del Señor?*⁵⁷ ¿Cómo el Hijo oye al Padre? ¿Cómo el Padre dice muchas palabras a su único Verbo? ¿Cómo habla de modo transitorio al que habla permanentemente? ¿Cómo dice algo temporalmente al que es eterno como Él y en el que estaba todo lo que diría en ciertos momentos apropiados? ¿Quién se atreverá a investigar esto? ¿Quién podrá encontrar su solución? Y sin embargo: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha*⁵⁸. Y porque fue dicho, se hizo. Pues ya existía en el Verbo el que *el Verbo se hizo carne*⁵⁹. Y porque verdaderamente ya existía en el Verbo, antes de que asumiera la carne, por eso se ha realizado con toda eficacia en la carne. Puesto que en el Verbo ya se daba sin tiempo, por eso se verificó en la carne a su tiempo. En esa carne ascendió al cielo el que no había abandonado el cielo, aun cuando descendió del cielo; y en esa carne el que es el brazo del Padre está sentado a la derecha del Padre, y en ella descenderá para juzgar *con voz de mando, a la voz del arcángel y al son de la trompeta de Dios*⁶⁰.

Hijo de Dios e Hijo del hombre

XIII. Del texto anterior quieren deducir que la potestad del Hijo es menor que la del Padre, porque en él se dice que descenderá *por mandato*. Pero hay que preguntarles: ¿por mandato de quién? Si dijeren que del Padre, volvemos a preguntarles: ¿con qué palabras temporales manda el Padre a su Verbo eterno que descienda del cielo? Pues el mismo mandato de Dios, que se realizará a su tiempo, ya estaba antes de todos los tiempos en el mismo Verbo de Dios. Y si el Hijo de Dios, en cuanto que es Hijo del hombre, descendió del cielo, en cuanto que es el Verbo, él mismo ordenó su descenso del cielo. Pues si el Padre no manda por él, no mandaría por su Verbo, o existiría otro Verbo por medio del cual mandarían al único Verbo. Y me maravillo de que existiendo aquel único Verbo, también existiera otro. Ciertamente, el Padre también ha dicho temporalmente algunas palabras al Hijo, como las que sonaron desde la nube: *Tú eres mi Hijo amado*⁶¹; pero no como si por ellas el Hijo unigénito aprendiera algo, sino más bien en cuanto que era conveniente que las oyeran los otros. Y así, también el sonido de estas palabras pasajeras, dirigidas al Hijo, no se produjo sin el Hijo; de lo contrario, no todo hubiera sido hecho por él. Pues ¿acaso, cuando se le ordenó que descendiera del cielo, eran necesarios aquellos sonidos y palabras para que el Hijo conociera la voluntad paterna? Dios no permita que creamos esto. Luego todo aquello que convenía que se hiciera en relación al Hijo, lo hizo el Padre por medio del mismo Hijo; esto es, a él mismo, en cuanto que es el Hijo del hombre y fue hecho entre todo; pero por su medio, pues es el Hijo de Dios, y todo fue hecho por el Padre mediante él. Mas lo que se dijo: *por mandato, a la voz del arcángel*, pretenden que se entienda el mandato del arcángel, como las mismas palabras parecen indicarlo; entonces, ¿qué les falta sino decir que el Hijo unigénito también es inferior a los ángeles, a cuyos mandatos se muestra obediente, si es menor el mandado que el que manda? Por más que lo que se dijo: *por mandato, a la voz del arcángel*, también puede ser entendido de modo que la misma voz del arcángel se tome como que se haga lo ordenado por Dios, es decir, que se entienda al ángel como la trompeta de Dios, que el Señor Dios le manda emitir su voz, que es necesario que la escuche la criatura inferior cuando el Hijo de Dios descienda del cielo. Pues de la misma trompeta se dice en otro lugar: *Porque sonará la trompeta y los muertos resucitarán incorruptibles*⁶².

Juzga como oye al Padre

XIV. El Hijo dijo: *Como oigo, juzgo*⁶³. Esta expresión puede entenderse por su sujeción humana, pues es el Hijo del hombre, o por aquella naturaleza inmutable y simple que tiene el Hijo en cuanto que la recibe del Padre. En esta naturaleza no es distinto el oír, ver y ser, sino que el ser es igual al oír y al ver. Así, él recibe el oír y el ver de quien recibe el mismo ser. Porque también aquello que se dice en otro lugar: *El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino que hace lo que ve hacer al Padre*, es mucho más difícil de entender que el texto citado por ellos: *Como oigo, juzgo*. Pues si *el Hijo no puede hacer nada, sino lo que ve hacer al Padre*⁶⁴, ¿cómo podrá juzgar si no ve al Padre juzgar? Ya que *el Padre no juzga a nadie, porque todo juicio se lo dio al Hijo*⁶⁵. El Hijo juzga, pues ha recibido del Padre no algún juicio, sino todo juicio, y aunque no vea al Padre juzgar, pues éste a nadie juzga. Entonces, ¿cómo *el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre*, cuando juzga y no ve al Padre juzgar? De todos modos no se dijo: *el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que oye que le ordena el Padre*; en cambio, se dijo: *lo que viere hacer al Padre*. Se fijen en esto, piensen en esto, consideren esto; y, en cuanto sea posible, purifiquen de alguna manera su empeño, pues con sus pensamientos carnales han tramado que la única e idéntica naturaleza de la Trinidad se divida en virtud de la diversidad de sustancias y se ordene por los grados de las potestades. Por eso se dijo que el Hijo no hace nada por sí mismo, puesto que no viene de sí; y, por consiguiente, todo

lo que hace es porque ve hacerlo al Padre, ya que ve que él mismo tiene la potestad de obrar por haberla recibido del Padre, de quien ve que ha recibido el existir. Y cuando dijo que él por sí mismo no podía hacer nada, no significa deficiencia, sino la estabilidad que se da en él por haber nacido del Padre. Tan loable es que el Omnipotente no pueda cambiar como que no pueda morir. Pero el Hijo pudo hacer lo que no vio hacer al Padre si puede hacer lo que el Padre no hace por medio de él, esto es, si puede pecar, lo cual repugna a la naturaleza inimitablemente buena, que fue engendrada por el Padre. Y aunque esto no lo pueda hacer, no se sigue que sea por imperfección, sino, al contrario, por ser poderoso.

Hace lo que hace el Padre

XV. Pues las obras del Padre y del Hijo son las mismas, pero sin que el Hijo sea el mismo que el Padre, sino porque ninguna obra es del Hijo que no la haga el Padre por su medio, y ninguna obra es del Padre que no la haga a la vez por el Hijo. *Pues todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo* ⁶⁶. Esta sentencia es del Evangelio y, en consecuencia, salida de la boca del mismo Hijo. No son unas las obras del Hijo y otras las del Padre, sino *las mismas*; ni las hace el Hijo de modo distinto, sino *igualmente*. Mas como el Hijo no hace otras obras semejantes, sino las mismas que hace el Padre, ¿qué es hacerlas *igualmente* sino hacerlas con idéntica facilidad e idéntica potestad? Pues si, en verdad, los dos hacen *las mismas obras*, pero uno con mayor facilidad y poder que el otro, ciertamente el Hijo no las hará *igualmente*. Pero como hace *las mismas obras e igualmente*, no son en verdad distintas las obras del Hijo de las del Padre ni diversa la potestad de los que obran. Ni, por cierto, sin el Espíritu Santo, pues éste no puede estar separado de los otros dos en las obras que han de ser hechas por ambos. Así, de un mismo modo admirable y divino, los tres hacen las obras de todos ellos, y los tres las de cada uno. Porque el cielo, la tierra y toda criatura son obras de los tres. Pues del Hijo se dijo: *Todo fue hecho por él* ⁶⁷. Pero ¿quién se atreverá a apartar de cualquiera de estas obras al Espíritu Santo, que se caracteriza por conceder las gracias a los santos, de quienes está escrito: *Mas todas las cosas las hace un mismo y solo Espíritu, repartiendo lo propio a cada uno según quiere?* ⁶⁸ Finalmente, siendo Cristo Señor de todos ⁶⁹ y Dios bendito sobre todo por los siglos ⁷⁰, ¿qué obra entre todas se podrá negar al Espíritu Santo, que ha formado al mismo Cristo en el seno de una virgen? Pues cuando la Virgen preguntó al ángel, que le anunciaba su futuro parto: *¿Cómo se hará esto, si no conozco varón?*, recibió esta respuesta: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti* ⁷¹. Pero se denominan obras de cada uno las que manifiestan pertenecer a una persona. Así, el nacer de una virgen sólo pertenece al Hijo ⁷²; la voz desde la nube: *Tú eres mi Hijo amado*, sólo pertenece a la persona del Padre; sólo se apareció el Espíritu Santo en la forma corporal de paloma ⁷³. Sin embargo, toda la Trinidad hizo aquella carne de solo el Hijo, aquella voz de solo el Padre, aquella forma de solo el Espíritu Santo. Y no porque cada uno de ellos sea incapaz sin los otros de realizar lo que hay que hacer, sino porque la operación no puede estar separada; donde no sólo es igual la naturaleza, sino también indivisa. Pues, siendo tres, cada uno de ellos es Dios, y, sin embargo, no son tres dioses. Porque el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios; y el Hijo no es el mismo que el Padre, ni el Espíritu Santo es el mismo que el Padre o el Hijo; sino que el Padre es siempre Padre, y el Hijo es siempre Hijo, y el Espíritu de ambos nunca es sólo de uno de ellos, o del Padre o del Hijo, sino que siempre es Espíritu de los dos. No obstante, toda la Trinidad es un solo Dios. Pues ¿quién negará que ni el Padre ni el Espíritu Santo, sino solo el Hijo, caminó sobre las aguas ⁷⁴? Únicamente el Hijo tiene carne, en virtud de la cual pudo posar sus pies en las aguas y andar por ellas. Pero de ningún modo se piense que esto lo realizó sin el Padre, cuando de todas sus obras se dice: *Mas el Padre, que permanece en mí, hace sus obras* ⁷⁵. Tampoco sin el Espíritu Santo, pues el arrojar los demonios fue igualmente obra del Hijo. Es cierto que la lengua de aquella carne, por la que mandaba salir a los demonios, pertenecía a solo el Hijo; sin embargo, él mismo dice: *Yo arrojo los demonios en el Espíritu Santo* ⁷⁶. Asimismo, ¿quien sino solo el Hijo resucitó? Pues sólo pudo morir el que tuvo carne. Con todo, a esta obra, por la que el Hijo resucitó, el Padre no fue ajeno, ya que de Él esta escrito: *El que resucitó a Jesús de entre los muertos* ⁷⁷. ¿Por ventura el mismo Hijo no se reanimó? ¿En dónde encajará lo que dijo: *Destruid este templo, y yo lo levantaré en tres días?* ⁷⁸ También afirma que tiene poder para entregar su alma y para tomarla de nuevo. ¿Y quién será el que desbarre de tal modo que piense que el Espíritu Santo no cooperó en la resurrección de Cristo hombre, cuando actuó para que el mismo Cristo hombre existiera?

Analogía trinitaria en la criatura

XVI. Se da en el hombre cierta semejanza de perfección para compararla con la Trinidad, que es Dios, aunque de ningún modo sea la adecuada, pues la Trinidad es Dios y el hombre una criatura. Sin embargo, éste tiene algo, por lo que puede ser entendido en cierta manera lo que se dice de la naturaleza inefable de Dios. Pues con razón no se dijo: *Hagamos al hombre a tu imagen*, como si el Padre hablase al Hijo, o a mi imagen, sino que se dijo: *a nuestra imagen* ⁷⁹. Esto se entiende correctamente de la dignidad de la misma Trinidad. Por cierto, pensamos tres cosas en el alma humana: memoria, entendimiento y voluntad. Y por medio de las tres se hace todo lo que hacemos. Como estas tres realidades estén compenetradas perfecta y rectamente, lo que hagamos será bueno y recto si el olvido no engaña la memoria, ni el error la inteligencia, ni la maldad la voluntad. Así, ciertamente, rehacemos la imagen de Dios en nosotros. Pues toda obra nuestra se hace por estas tres cosas. Nada hacemos sin que intervengan a la vez las tres. Luego cuando hablamos de cada una de ellas, lo que a cada una pertenece también es hecho por las tres. Pues al tratar únicamente de la memoria no interviene sólo la memoria, sino que cooperan la inteligencia y la voluntad, aunque se hable tan sólo de la memoria. También es sencillísimo ver esto respecto a las otras dos facultades, ya que todo lo que se diga de la inteligencia no se dice sin la intervención de la memoria y de la voluntad, y lo que se dice o escribe de la voluntad no se hace sin la inteligencia y la memoria. Hasta qué punto sean estas cosas semejantes y, por otra parte, desemejantes a la inmutable Trinidad, que es Dios, exigiría una exposición muy extensa y detallada. Pero creí

conveniente aducir este ejemplo sólo para proporcionar algo tomado de la misma criatura. Luego éstos, si pueden, entiendan que no es absurdo lo que decimos del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: que sus obras son hechas inseparablemente por los tres, y no sólo las que pertenecen a los tres, sino también las que pertenecen a cada uno de ellos.

El Verbo del Padre

XVII. Luego el Hijo juzga como oye⁸⁰, ya porque es el Hijo del hombre, ya porque no procede de sí mismo, sino que es el Verbo del Padre. Pues, cuando oímos, lo que para nosotros es recibir la palabra, esto es para él ser el Verbo del Padre. Porque así se puede decir que el Padre dio el Verbo al Hijo, esto es, para que sea el Verbo; como se dice que dio la vida al Hijo, a saber: para que éste sea la vida. Así él lo afirma: *Como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio al Hijo que tenga la vida en sí mismo*⁸¹. Y no que él sea una cosa y la vida que se da en él otra, sino que él mismo sea la vida misma; así como tampoco el Padre es una cosa distinta de la vida que se da en Él. Pero el Hijo no dio la vida al Padre, porque no engendró al Padre; el Padre, en cambio, dio la vida al Hijo, engendrándole en cuanto vida, como también Él es la vida. Sin embargo, no engendró al Verbo, como si Él también fuese Verbo. Pues cuando hablamos de la vida, puede entenderse ésta como no proveniente de otro: así es la vida del Padre o, por decirlo más claramente, el Padre es la vida, que no procede de otro para ser. Pero cuando se habla del Verbo, éste de ningún modo puede ser comprendido a no ser que sea de alguien, de aquel, en verdad, de quien procede. Pues no como el Hijo es Dios de Dios, luz de luz, vida de vida, así se puede decir que el Verbo es del Verbo. Porque sólo él es el Verbo; y como es propio del Padre engendrar al Verbo, así es propio del Hijo ser el Verbo. Y por eso, como oye, juzga; porque, como es engendrado Verbo, para que el mismo Verbo sea la verdad, así juzga según la verdad.

Busca hacer la voluntad del que le ha enviado

XVIII. *Y su juicio es justo, porque no busca su voluntad, sino la voluntad del que le envió*⁸². Diciendo esto, quiso llevar nuestra consideración a aquel hombre que, buscando su voluntad y no la del que le creó, no tuvo un juicio justo de sí mismo, sino que se dio un juicio justo sobre él. Puesto que, haciendo su voluntad y no la de Dios, no creyó que había de morir. Pero este juicio suyo no fue justo. Y así hizo su voluntad y murió, porque el juicio de Dios es justo. El Hijo de Dios hizo este juicio no buscando su voluntad, ya que también es Hijo del hombre. Y no porque carezca de voluntad para juzgar (¿quién será tan necio que diga esto?), sino porque su voluntad no le es propia en el sentido de que se oponga a la voluntad del Padre. Si éstos pensaran así y no con sus pensamientos carnales, no ordenarían los poderes y oficios de la Trinidad en grados dispares, como si se tratara de tres hombres de desigual y distinta dignidad: el Padre como emperador, el Hijo como juez y el Espíritu Santo como abogado. Afirman que el Hijo juzga conforme a las leyes imperiales, que son propias del Padre. En ellas ponen el honor y la autoridad del Hijo que juzga; la intercesión de oficio y la consolación del Espíritu Santo pertenecen a la dignidad del juez, esto es, del Dios unigénito. Como si la dignidad del juez consistiera en tener abogado, como si la dignidad del emperador se manifestara por el hecho de que el juez juzga según las leyes imperiales. Manteniéndose en su pensamiento carnal, no pueden, sin embargo, demostrar la diversidad de naturaleza en estas tres personas. Y ésta es la cuestión básica que se debate entre ellos y nosotros. Pues cuando estas cosas se aplican a las costumbres humanas y no se apartan del modo de obrar del género humano, que pensando puede percibir (pues el hombre animal no comprende lo que es propio del Espíritu de Dios⁸³), ¿qué otra cosa nos dan a entender sino que el emperador, y el juez, y el abogado son hombres? Por tanto, aunque el juez sea inferior al emperador por razón de su potestad, es tan hombre como éste; no menor que el juez es el abogado respecto a la naturaleza humana, aunque parezca que por su oficio está sometido al juez. Luego confiesen, por lo menos, la igualdad de naturaleza del padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, aunque piensen que su potestad es distinta. ¿Por qué les otorgan una condición peor que la que atribuyen a los hombres? Pues en lo humano puede suceder que el juez se convierta en emperador. Esto no se dignan conceder en la Trinidad al único Hijo del emperador. Si acaso, en virtud de la norma del derecho o de la costumbre humana, temen cometer por exceso un crimen de lesa majestad en el hijo, pienso que deberían admitir que el abogado llegue alguna vez a conseguir la potestad judicial. Pero ni siquiera aceptan esto. Luego la condición de la Trinidad es peor, ¡Dios nos libre de pensar esto!, que la condición mortal del género humano.

Abogado ante el Padre

XIX. Por último, la Sagrada Escritura, que no aprecia los actos divinos por la diferencia de poderes, sino por la inescrutabilidad de las obras, también reconoce que nuestro juez es abogado. Dice el apóstol Juan: *Si alguno pecare, tenemos abogado ante el Padre, Jesucristo justo*⁸⁴. Él mismo lo ratifica cuando afirma: *Yo rogaré al Padre y os dará otro abogado*⁸⁵. Porque el Espíritu Santo no sería otro abogado si el Hijo no lo fuere. Este, para demostrar que sus obras y las del Padre son inseparables, dijo: *Cuando yo me fuere, os lo enviaré*⁸⁶; aunque en otro lugar diga: *Al que el Padre enviará en mi nombre*⁸⁷. Así se muestra que el Padre y el Hijo enviaron al Espíritu Santo. Como se muestra por el profeta que el Padre y el Espíritu Santo enviaron al Hijo. ¿Pues quién, sino el Hijo, predijo por Isaías su venida? Dijo: *Oídme, Jacob e Israel, a quien he llamado. Yo soy el primero y yo eternamente. Y mi mano cimentó la tierra, mi diestra consolidó los cielos; los llamaré y aparecerán juntamente y se juntarán todos y oirán. ¿Quién les anunciará estas cosas? Pues amándote hice tu voluntad sobre Babilonia para que desaparezca la raza de los caldeos. Yo he hablado, yo le llamé, yo le guié e hice prosperar su camino. Acercaos a mí y oíd esto: Desde el principio no os he hablado en secreto. Cuando las cosas se hacían, allí estaba yo, y ahora el Señor me ha enviado y*

su *Espíritu* ⁸⁸. ¿Hay algo más evidente? He aquí que él mismo se dice enviado por el Espíritu Santo, que fundó la tierra y consolidó el cielo. Aquí se reconoce al Unigénito, por el que todo fue hecho. Pero al consolador, que, según ellos, tiene el oficio de la persona de ínfima categoría en la Trinidad, el Apóstol, en la epístola a los Corintios, le llama Dios: *Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la presencia de Tito* ⁸⁹. Luego el Dios de los santos es el consolador, pues ellos son los humildes. Por eso, aquellos tres varones decían en la hoguera: *Benedicid al Señor los santos y humildes de corazón* ⁹⁰. En consecuencia, el Espíritu Santo, que consuela a los humildes, es Dios. Luego confiesen éstos que el Espíritu Santo es Dios, lo cual no quieren hacer. Pero si lo dicho por el Apóstol prefieren atribuirlo al Padre o al Hijo, dejen de separar la persona del Espíritu Santo del Padre y del Hijo en función del oficio propio de consolar.

El Espíritu Santo es Dios

XX. Al pretender explicar que el Espíritu Santo es menor que el Hijo precisamente por ser abogado, les lleva su escandalosa ceguera a anteponer los santos a él; de ellos dice el mismo Señor: *Os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel* ⁹¹. A esto respondan: ¿qué será el Espíritu Santo? Cuando el ser juez es propio del Hijo, ¿acaso será también abogado ante los jueces humanos? Lejos de un corazón fiel la locura de pensar que el Espíritu Santo abogado sea menor que estos jueces, cuando, por cierto, ellos, para ser jueces, tienen que estar llenos del Espíritu Santo, y viviendo según él se hacen espirituales. Pues *el espiritual juzga todo* ⁹². ¿Cómo será menor que el juez el que hace los jueces, haciéndolos miembros de aquel juez y templo suyo? Afirma el Apóstol. *Vuestros cuerpos son miembros de Cristo*; y también: *Vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros* ⁹³. Y con todo, si leyeran clarísimamente en las Sagradas Escrituras que el rey Salomón, por mandato divino, edificó un templo de madera y piedras al Espíritu Santo, no dudarían sostener que el Espíritu Santo es Dios, al que legítimamente se le tributaría en el pueblo de Dios tanta sumisión religiosa, llamada culto de latría, que también se le construirían templos, aunque el Señor diga: *Al Señor Dios tuyo adorarás y a él solo servirás* ⁹⁴. Este culto, en griego, se llama *λατρεία*. Y se atreven a negar que sea Dios, cuando su templo no es de madera y piedras, sino de los miembros de Cristo. Pues así someten al Espíritu Santo al poder de Cristo, cuando los miembros de Cristo son su templo. Como someten al Hijo a las leyes imperiales de Dios, cuando él es el Verbo de Dios, y de ningún modo el verbo del emperador está sometido a las leyes, sino que las hace.

Que procede del Padre

XXI. 10. Ciertamente, éstos, cuyo escrito recibí y al que respondo, no se atreven a sostener que sea lo mismo el ser hecho que el ser engendrado. Distinguen estos dos términos, de modo que dicen que el Hijo fue engendrado por el Padre, pero el Espíritu Santo fue hecho por el Hijo. Jamás lo han leído en las Sagradas Letras, pues el mismo Hijo dice que el Espíritu Santo procede del Padre.

11. Afirman: "El Hijo anuncia al Padre. El Espíritu Santo anuncia al Hijo". Como si el Hijo no hubiera anunciado que el Espíritu Santo vendría, o el Padre no hubiera dado a conocer al Hijo: *Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido; escuchadle* ⁹⁵.

12. Y por eso no sólo "el Hijo revela la gloria del Padre", sino que también el Padre "revela" la gloria del Hijo. Ni sólo "el Espíritu Santo manifiesta la dignidad del Hijo", sino que también el Hijo "manifiesta la dignidad" del Espíritu Santo.

13. Y, por tanto, como "el Hijo da testimonio del Padre", así también el Padre da testimonio del Hijo. Y como "el Espíritu Santo da testimonio del Hijo", así también el Hijo "da testimonio" del Espíritu Santo.

14. "El Espíritu Santo es enviado" por el Padre "y por el Hijo". Y "por el Padre" y el Espíritu "es enviado el Hijo".

El Hijo y el Espíritu Santo, iguales al Padre

XXII. 15. Dicen: "El Hijo es ministro del Padre. El Espíritu Santo es ministro del Hijo". No consideran que de este modo hacen mejores a los santos apóstoles que al Espíritu Santo, los cuales se denominan a sí mismos ministros de Dios, por lo que estos herejes no negarán que los apóstoles sean ministros de Dios Padre. Pero han sido hechos ministros de Aquel en cuyo nombre también bautizaron, es decir, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Y por esto, según su vana manera de discurrir, los ministros de la Trinidad serían mejores que el Espíritu Santo si precisamente éste es menor por ser ministro de solo el Hijo.

16. Sostienen: "El Hijo es mandado por el Padre. El Espíritu Santo es mandado por el Hijo". En ningún lugar de las Divinas Letras leen esto. Aunque leamos que el Hijo fue obediente según la forma de siervo, por la que el Padre es mayor que él; pero no según la forma de Dios, en la que él y el Padre son uno.

17. Así, se lee en la Sagrada Escritura que "el Hijo es súbdito del Padre". En este caso se refiere a la forma de siervo, en la que también estuvo sometido a sus padres humanos, como el Evangelio lo atestigua: *Y bajó con ellos y fue a Nazaret; y les estaba sujeto* ⁹⁶. Pero en parte alguna dice la Escritura Santa que "el Espíritu Santo estuvo sometido al Hijo".

18. En consecuencia, también el Hijo, por la forma de siervo, "hace lo que le manda el Padre". Y por poseer la forma de Dios, lo que hace el Padre también lo hace él. Pues no dijo: "Todo lo que manda el Padre lo hace el Hijo", sino: *Todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo* ⁹⁷. Finalmente, si por eso dicen que el Espíritu Santo habla lo que el Hijo le ordena, porque está escrito: *Recibirá de lo mío, y os lo anunciará* ⁹⁸, ¿por qué razón el Hijo no dirá lo que le ordena el Espíritu Santo, puesto que el Apóstol afirma: *Las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios* ⁹⁹, y el mismo Jesús confirma que él estaba lleno del Espíritu Santo, lo cual está escrito: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ungió para evangelizar a los pobres?* ¹⁰⁰ Si para evangelizar a los pobres ha sido ungido, porque el Espíritu del Señor estaba sobre él, ¿qué evangelizaba a los pobres sino que tenía el Espíritu del Señor, del que estaba lleno? Pues también esto está escrito de él, que estaba lleno del Espíritu Santo ¹⁰¹.

Honor y adoración

XXIII. 19. Afirman: "El Hijo adora y honra al Padre. El Espíritu Santo adora y honra al Hijo". Aquí no hay necesidad de distinguir cuidadosamente la diferencia que existe entre honrar y adorar. Lo anterior se predica del Hijo por la forma de siervo. Digan, si pueden, en dónde leen que el Hijo es adorado por el Espíritu Santo. Pero lo que añaden, cuando intentan probar esto, a saber: lo que está escrito: *Padre, yo te he honrado sobre la tierra y he consumado la obra que tú me habías encomendado* ¹⁰²; y sobre el Espíritu Santo: *Él me glorificará, porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará* ¹⁰³; esto no se refiere a lo que estamos tratando. Todo el que adora, honra; pero no todo el que honra, adora. Pues, como dice el Apóstol ¹⁰⁴, los hermanos se han de honrar mutuamente; sin embargo, no se adoran entre sí. Por lo demás, si honrar fuese lo mismo que adorar, digan, si les parece bien, que el Padre adora al Hijo, y hace esto porque se lo ordena el Hijo, ya que éste le dice: *Hónrame* ¹⁰⁵. Él mismo resuelve la cuestión respecto a lo que había afirmado sobre el Espíritu Santo: *Recibirá de lo mío*. No se piense que el Espíritu Santo, como descendiendo por distintos grados, así es de él, a la manera que el Hijo es del Padre. Pues ambos vienen del Padre: el Hijo por nacimiento y el Espíritu Santo por procesión. En la sublimidad de aquella naturaleza es algo sumamente difícil distinguir estas dos operaciones. Luego para que no se pensara esto, según dije, añadió seguidamente: *Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije, recibirá de lo mío* ¹⁰⁶. Así quería, sin la menor duda, que se entendiera que también el Espíritu Santo recibía del Padre. Y, por tanto, de él mismo, porque todo lo que tiene el Padre es del Hijo. Pero esto no supone el reconocimiento de una naturaleza diversa, sino de un solo principio.

20. Según esto, "el Espíritu Santo no habla por sí mismo", porque no es de sí mismo el que procede del Padre. Como tampoco "el Hijo puede por sí mismo hacer algo", pues tampoco él es de sí mismo, en conformidad con lo que ya expuse anteriormente. No que "en todo aguarde el orden del Padre", ya que no dijo: *A no ser que viere al Padre que le indica algo, sino que dijo: lo que viere hacer al Padre* ¹⁰⁷, conforme con lo que ya hemos dicho. Que lean, si pueden, que "el Espíritu Santo en todo espera el mandato de Cristo", como ellos sostienen. Y lo que se dijo: *No hablará por sí mismo*, no es lo mismo que decir: "Todo lo que me oyere", sino que se dijo: *hablará lo que oyere* ¹⁰⁸. Pero por qué fue expresado de este modo poco antes ya había sido explicado en la misma exposición del Señor, que he transcrito, y en la que se afirma: *Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije, recibirá de lo mío* ¹⁰⁹. Pues de donde recibirá, de allí sin la menor duda lo dirá; porque de donde oye es de donde procede. Así conoce al Verbo de Dios, procediendo de donde nace el Verbo, y así es el Espíritu común del Padre y de Verbo.

Recibe del Padre

XXIV. No implica problema alguno que el verbo esté en futuro, *recibirá*, como si aún no lo tuviere. Los tiempos del verbo se emplean indistintamente, ya que entendemos la eternidad sin tiempo. Así, recibió, porque procedió del Padre; y recibe, porque procede del Padre; y recibirá, porque nunca dejará de proceder: como Dios es, y fue, y será; y, sin embargo, ni tiene, ni tuvo, ni tendrá principio o fin de tiempo.

Enseña a orar

XXV. 21. Dicen: "El Hijo ruega por nosotros al Padre. El Espíritu Santo pide por nosotros al Hijo". Como leen que el Hijo ruega al Padre, conforme a lo que expusimos al tratar esto, que encuentren dónde se dice que el Espíritu Santo ruega al Hijo. Porque lo que dice el Apóstol: *Pues ignoramos qué es lo que hemos de pedir, según conviene; pero el mismo Espíritu interpela con gemidos inenarrables. Y el que sondea los corazones sabe qué es lo que el Espíritu pretende, porque interpela por los santos, según Dios* ¹¹⁰, de cualquier manera que lo entiendan (pues les va mucho entenderlo como debe ser entendido), verán que no se ha dicho: "Interpela a Cristo o interpela al Hijo". Pero se ha dicho que *el Espíritu Santo interpela*, porque nos hace que pidamos. Así dice Dios: *Ahora he conocido* ¹¹¹; como si antes no conociera. ¿Qué otra cosa quiere expresar esto sino "Te hice que conocieras?" También aquel texto del Apóstol tiene este sentido: *Mas ahora que conocéis a Dios o, por mejor decirlo, que sois conocidos por Dios* ¹¹². Esto es para que no se atribuyan el conocer a Dios: y por eso dijo: *conocidos por Dios*, para que entendieran que Dios, por

su gracia, les hizo que fueran concededores suyos. Según este modo de hablar, se dijo: *Y no queráis entristecer al Espíritu Santo de Dios* ¹¹³; esto es, no queráis entristecernos a los que nos contristamos por vosotros según el Espíritu de Dios. Pues se entristecían por la caridad, que el Espíritu Santo difundía en sus corazones ¹¹⁴, y por eso el Espíritu hacía que ellos se entristecieran por los males de los hermanos. Finalmente, el mismo Apóstol dice: *Recibisteis el Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ¡Abba!, ¡Padre!* ¹¹⁵ Y en otro lugar expresa lo mismo: *Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba!, ¡Padre!* ¹¹⁶ ¿Cómo allí se dice *en el que clamamos* y aquí *que clama* sino porque aquí *el que clama* nos hace clamar? Pero si, según su interpretación, entendemos el que clama como si no nos hiciera clamar a nosotros, sino que él mismo clamase, he aquí que diciendo: *¡Abba!, ¡Padre!*, no interpela al Hijo, sino al Padre. Sin embargo, no se atreven a decir que el Espíritu Santo sea hijo de Cristo. En verdad, no dicen esto, pues prefirieron sostener que fue hecho por el Hijo y no engendrado por él. Porque no sabemos por nosotros mismos lo que tenemos que pedir, como conviene, sino que el Espíritu Santo interpela, es decir, nos hace pedir lo que es según Dios. Y si no lo hace, no oramos sino según este mundo, para satisfacer la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la ambición del siglo, que no son del Padre, sino que son del mundo ¹¹⁷. Aunque algunos piensan que esto que fue dicho: *El mismo Espíritu interpela con gemidos* ¹¹⁸, se ha de interpretar por el espíritu del hombre.

Virtud de Dios y Sabiduría de Dios

XXVI. 22. Sostienen que el Hijo es la imagen viva y verdadera, propia y perfecta de toda la bondad y sabiduría y virtud del Padre. Pero el Apóstol no dice que sea la imagen de la virtud y de la sabiduría de Dios, sino Dios mismo: *Virtud de Dios y Sabiduría de Dios* ¹¹⁹. Así, por lo mismo que el Hijo es la imagen del Padre, es su Virtud y Sabiduría. La imagen plena y perfecta, esto es, no hecha de la nada por el Padre, sino engendrada de Él, no tiene menos que aquel de quien es imagen. Pues el Hijo unigénito es la imagen suma del Padre, es decir, de tal modo semejante a Él, que en ella no se da la menor desemejanza. No se atreven a decir que el Espíritu Santo es la imagen del Hijo; dicen que es su manifestación. Por esto mantuvieron que no fue engendrado, sino hecho por el Hijo, lo que de ningún modo leen en las Sagradas Escrituras.

La Trinidad es una sola naturaleza

XXVII. 23. ¿Qué católico afirmaría que el Hijo es parte del Padre o que el Espíritu Santo es parte del Hijo? Pensaron que tenían que negarlo así, como si entre nosotros y ellos se planteara un problema sobre esta cuestión. Decimos que la Trinidad es de la misma naturaleza; en ella no llamamos a una persona parte de otra. Pero de tal modo niegan que el Hijo sea parte del Padre, que le llaman propio y dilectísimo, perfecto y pleno Hijo unigénito; en este caso habrá que preguntarles si a los que Dios hace voluntariamente hijos suyos, engendrándolos con la palabra de la verdad, cuando lleguen a aquella perfección, en la que ya no pueden ser más perfectos, ¿acaso serán también hijos de Dios propios y dilectísimos, perfectos y plenos? Y si lo fueren, él no sería el Hijo unigénito, porque tendría muchos hermanos iguales a él; únicamente sería el hijo primogénito. Pero si no lo fueren, ¿cómo hay que entender la plenitud y perfección del Hijo sino en cuanto es completamente igual al que le engendró y en nada absolutamente desigual? Y para decirlo con mayor brevedad y claridad, éstos son hijos por gracia y él por naturaleza, pues en éstos se da la participación de la divinidad y en él la plenitud. Aunque también él, que asumió la naturaleza humana, y *el Verbo se hizo carne* ¹²⁰, no lo sea por naturaleza, sino por gracia; sin embargo, permanece en él la naturaleza del Verbo, por la que es igual al Padre. Asimismo deben responder, pues no dicen que el Espíritu Santo sea Hijo, sino la primera y principal obra del Hijo entre todas las demás, ¿acaso aquellos hijos que *el Padre engendró voluntariamente con la palabra de la verdad* ¹²¹ serán mejores que el Espíritu Santo? Pero ¿cómo no van a estar obligados a decir esto cuando sin duda alguna es mejor ser hijos del Padre que obra del Hijo? Piensen en esto y corrijan sus vanas e impías blasfemias, y confiesen que en aquella Trinidad ninguna persona, a excepción del Hijo, que permaneciendo Dios se hizo hombre, es en absoluto una criatura o algo hecho por Dios; mas todo lo que es la Trinidad es Dios sumo, verdadero, inmutable.

24. Lejos, pues, de nosotros lo que sostienen: que el Padre sea mayor que su Hijo, en cuanto que es su Verbo unigénito. Pero es mayor en cuanto que *el Verbo se hizo carne* ¹²². ¿Y esto es digno de admiración, cuando en esa misma carne se hizo también inferior a los ángeles? Rechacemos su blasfemia, según la cual el Hijo es incomparablemente mayor y mejor que el Espíritu Santo. Asimismo es totalmente descabellado creer que los miembros del mayor sean templo del menor.

Alabanza del Hijo y del Espíritu Santo

XXVIII. 25. Ciertamente el Padre "es Dios y Señor de su Hijo", pues se da en éste la forma de siervo, que fue profetizada en aquellas palabras: *El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo* ¹²³. También el mismo Hijo, en la misma profecía, dice al Padre: *Desde el seno de mi madre tú eres mi Dios* ¹²⁴. En efecto, desde el seno de su madre, en el que asumió la naturaleza humana, el Padre es su Dios. Y es su Padre, porque le engendró, no sólo antes de encarnarse en el seno de su madre, sino coeterno antes de todos los siglos. ¿Por ventura habrán oído en sueños dónde la Sagrada Escritura dice que el Hijo es Dios y Señor del Espíritu Santo?

26. Afirman: "El Padre, inmutable e impassiblemente queriendo, engendró al Hijo. El Hijo, sin trabajo ni fatiga, por su sola virtud, hizo al Espíritu". ¡Oh principal alabanza del Hijo y del Espíritu Santo! Como si el Padre nos engendrara sin quererlo, mudable y pasiblemente, siendo así que nos engendró voluntariamente con la palabra de la verdad. ¿O es que el Hijo creó con trabajo y fatiga el cielo y la tierra? Luego, según éstos, hay que equiparar estas obras al Hijo o al Espíritu Santo; pero si de ningún modo se les pueden equiparar, ¿de qué sirve decir esto, sobre lo que no hay cuestión alguna, a saber: que el Padre engendra o el Hijo obra sin trabajo ni fatiga? Vean, en verdad, cómo afirman que el Hijo hizo por su sola virtud al Espíritu Santo. De este modo se ven obligados a confesar que el Hijo hizo algo que no vio hacer al Padre. ¿O les agrada decir que también el Padre hizo al Espíritu Santo? En tal caso, no le haría el Hijo por su sola virtud. ¿O es que el Padre primero hizo a otro, para que el Hijo pudiera hacer al que hizo, puesto que el Hijo no puede hacer sino lo que hace el Padre? ¿Y qué significa que el Hijo no hace cosas semejantes a las que hace el Padre, sino que *todas las cosas que hace el Padre, las mismas las hace igualmente el Hijo?* ¹²⁵ Si intentan pensar en esto, sin duda les inquietará todo lo que han construido con su pensamiento carnal.

Igualdad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo

XXIX. 27. Pues es verdad que "el Padre dio el ser a todos los que son, y lo que Él es de nadie lo recibió". Pero a nadie dio el ser igual a Él sino al Hijo que ha nacido de Él y al Espíritu Santo que procede de Él. Siendo esto así, no hay en la Trinidad aquella diferencia que éstos quieren establecer, porque en la Trinidad la naturaleza es idéntica, como también lo es el poder. Es lo que dijo el Hijo: *A fin de que todos honren al Hijo como honran al Padre* ¹²⁶; y los que quieren vivir piadosamente, que adoren al Señor Dios suyo y que a él solo sirvan, lo cual fue mandado por la ley divina a los antiguos padres. Ni puede ser de otro modo, pues tenemos que servir al único Señor Dios nuestro con la reverencia que se debe a Dios. En griego se llama *λατρεία*, término empleado en donde se dice: *A Él solo servirás* ¹²⁷. Digo que esto de ningún modo puede verificarse si toda la Trinidad no es el mismo Señor Dios nuestro. Por lo demás, esta servidumbre, llamada latría, los siervos no deben tributarla a sus señores carnales, sino que los hombres deben ofrecerla al único Señor Dios suyo. No le ofreceríamos esta servidumbre al Hijo si sólo del Padre se dijo: *Y a Él solo servirás*; o no se la tributaríamos al Padre si del Hijo se dijo: *Y a Él solo servirás*. Ahora bien: si con materiales terrenos edificásemos un templo al Espíritu Santo, ¿quién dudaría que le dábamos culto de latría, es decir, que le servíamos con aquella servidumbre de la que ahora estoy hablando? Pero ¿cómo no le prestaremos esa servidumbre, denominada latría, al que no le construimos un templo, sino que nosotros mismos somos su templo? ¿O cómo no va a ser él mismo nuestro Dios, si de él dice el Apóstol: *Ignoráis que sois templos de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros?* Y poco después añade: *Glorificad a Dios en vuestro cuerpo* ¹²⁸. En consecuencia, dice que nuestros cuerpos son en nosotros templo del Espíritu Santo. Porque cuando al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo servimos con esta servidumbre, de nombre latría, y oímos que la ley de Dios ordena que a ningún otro, sino sólo al Señor Dios nuestro, le tributemos esa servidumbre, sin la menor duda el único y solo Señor Dios nuestro es la misma Trinidad, a la que sólo y únicamente debemos en justicia tal servidumbre de piedad.

Inhabitación de la Trinidad

XXX. 28. Dicen: "Así como nadie sin el Hijo puede ir al Padre, del mismo modo nadie sin el Espíritu Santo puede adorar en verdad al Hijo". Como si alguno pudiera ir al Hijo sin el Padre, cuando dice el Hijo: *Nadie puede venir a mí si el Padre, que me envió, no le trajese* ¹²⁹; o como si pudiéramos ir al Espíritu Santo sin el Padre y el Hijo, que con su gracia nos lo otorgan. Pues ¿qué otra cosa es ir a ellos sino tenerlos habitando en nosotros? De este modo, también vienen ellos a nosotros, pues Dios está en todas partes y no está circunscrito por lugar corporal. El Salvador dice de sí mismo y del Padre: *Vendremos a él y pondremos nuestra morada en él* ¹³⁰, y del Espíritu Santo: *Si no me fuere, el abogado no vendrá a vosotros* ¹³¹. Por tanto, ¿qué significado tiene esto que dicen: "Así como nadie sin el Hijo puede ir al Padre, del mismo modo nadie sin el Espíritu Santo puede adorar en verdad al Hijo?"; y luego añaden: "Luego en el Espíritu Santo el Hijo es adorado". ¿Por ventura esto indica distinción de naturalezas, que es la cuestión debatida entre nosotros y ellos? Pues si nadie puede sin el Espíritu Santo adorar en verdad al Hijo, y el Hijo es adorado en el Espíritu Santo, ciertamente el Espíritu Santo también es la verdad, porque cuando en él es adorado el Hijo, como ellos afirman, es adorado en verdad. Y el mismo Hijo dijo: *Yo soy la verdad* ¹³². Luego el Hijo es adorado en sí mismo al ser adorado en verdad. Y por esto, el Hijo es adorado en sí mismo y en el Espíritu Santo. ¿Quién será tan impío que de esta acción aparte al Padre? Pues ¿cómo no vamos a adorar también en el Padre, en el cual vivimos, nos movemos y existimos? Por consiguiente, también nosotros sostenemos que el Hijo es adorado en el Espíritu Santo. Pero lean, si pueden, que el Hijo es adorado por el Espíritu Santo.

Glorificación

XXXI. 29. ¿Quién no afirmará que "el Padre es glorificado por el Hijo?" ¿Y quién se atreverá a negar que también el Hijo es glorificado por el Padre? El mismo Hijo dice al Padre: *Glorifícame*; y también: *Yo te glorifiqué* ¹³³. Glorificar, honrar y enaltecer son tres palabras que significan lo mismo; en griego se dice *δοξάζειν*, y en latín, por la variedad de los intérpretes, se traduce de una manera o de otra.

Santificación

XXXII. 30. Dicen: "Actividad y solicitud del Espíritu Santo es santificar y guardar a los santos; y no sólo a los seres racionales, como algunos piensan, sino santificar a muchos irracionales. Y a los que cayeron por negligencia, volverlos a su estado primitivo; enseñar a los ignorantes, amonestar a los olvidadizos, argüir a los que pecan, exhortar a los perezosos para que piensen en su salvación y obren con diligencia, conducir al camino de la verdad a los equivocados, curar a los enfermos, sostener la fragilidad del cuerpo por el vigor del alma, confirmar en el amor de la piedad y de la castidad, e iluminar a todos; sobre todo, conceder a cada uno la fe y la caridad, según el deseo y la solicitud, la sinceridad y simplicidad de la mente, la medida de la fe y la importancia de la comunicación; distribuir la gracia para utilizar y ordenar a cada uno en la ocupación y género de vida para los que fuere apto". Ciertamente, todo esto lo hace el Espíritu Santo, pero lejos de nosotros pensar que lo haga sin el Hijo. Pues ¿quién se desviará de tal modo del camino de la verdad que niegue que los santos son guardados por Cristo, los lapsos devueltos a su estado primitivo, los ignorantes enseñados, los olvidadizos amonestados, los pecadores argüidos, los perezosos exhortados, los equivocados conducidos al camino de la verdad, los enfermos sanados, los ciegos iluminados y todo lo demás que éstos creyeron que había que atribuir al Espíritu Santo, como si él solo hiciera todo esto? Para omitir lo restante, no sea que me exceda, ¿cómo negarán que Cristo enseña a los santos, a los que él mismo dice: *No queráis ser llamados rabí por los hombres, porque uno solo es vuestro maestro, Cristo?* ¹³⁴ ¿Cómo negarán que los ciegos son iluminados por Cristo, de quien está escrito: *Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre?* ¹³⁵ Pues el Espíritu Santo, como a nadie enseña o ilumina sin Cristo, así a nadie santifica sin Cristo. Elijan a quién quieren atribuir aquel dicho que Dios pronunció por el profeta: *Para que sepan que yo soy el que los santifico* ¹³⁶. Si eligen al Padre, ¿por qué apartan de Él las obras del Espíritu Santo, cuando estiman que el santificar a los santos es obra propia y distinta del Espíritu Santo? Si eligen al Hijo, por lo menos que no separen de él las obras del Espíritu Santo santificador. Si eligen al Espíritu Santo, también él es Dios (lo que no quieren admitir), el cual dijo por el profeta: *Para que sepan que yo soy el que los santifico* ¹³⁷. Pero se entenderá mejor esto si aquella sentencia, dicha por el profeta, es aplicada a la Trinidad; así nadie podrá dudar que el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo son un solo Dios, del cual, por el cual y en el cual son todas las cosas; a Ella gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Dignidad, poder, virtud

XXXIII. 31. Cuando de esta manera confesamos que el Espíritu Santo hace lo que éstos dijeron que es hecho por él, no se sigue de esto lo que añaden. "El Espíritu Santo es distinto del Hijo por naturaleza y condición, grado y voluntad, dignidad y potestad, virtud y operación". Pues la naturaleza de los hombres no es distinta, aunque sus obras puedan estar separadas, lo cual es imposible en la Trinidad. Porque el orden, grado y afecto, que se encuentran en las criaturas por su diversidad y flaqueza, no se dan en aquella Trinidad coeterna, igual e impasible. Pero la dignidad, potestad y virtud, ¿cómo no van a ser iguales a los tres, puesto que hacen igualmente las mismas cosas? Así les convencemos que es totalmente falso lo que sostienen: que los tres son distintos por la operación.

Distinción de personas

XXXIV. 32. Mas lo que añaden en este sermón: "Es imposible que uno y el mismo sean el Padre y el Hijo, el que engendra y el que nace, el que es testificado y el que da el testimonio, el mayor y el que confiesa al mayor, el que está sentado a la derecha y permanece en esa sede y el que dio el honor de la misma, el que es enviado y el que envía. Tampoco puede ser uno y el mismo el discípulo y el maestro, según él mismo enseñó: *Como el Padre me ha enseñado, así hablo* ¹³⁸; ni el semejante e imitador con el que es asemejado e imitado, ni el que ora y el que escucha, ni el que da gracias y el que bendice, ni el que recibe órdenes y el que las da, ni el ministro y el que manda, ni el que suplica y el soberano, ni el súbdito y el superior, ni el unigénito y el ingénito, ni el sacerdote y Dios"; en parte dicen algo verdadero, pero contra los sabelianos, no contra los católicos. Pues los sabelianos dicen que el Hijo es uno y el mismo que el Padre; nosotros afirmamos que el Padre que engendra y el Hijo que es engendrado son dos personas distintas, pero no dos naturalezas diversas, ya que no es uno y el mismo el Padre y el Hijo, sino que el Padre y el Hijo son una misma naturaleza. Que el Padre sea mayor no pertenece a la naturaleza del que engendra y es engendrado, sino del hombre y de Dios. Según la forma del hombre asumido, el Hijo está o permanece sentado a la derecha del Padre, y ora, y da gracias, y es sacerdote, y ministro, y suplicante, y súbdito. Pero, según la forma de Dios, en la que es igual que el Padre, es unigénito y coeterno al que le engendró. Y aunque sea *el primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas* ¹³⁹, antes fue engendrado que las cosas fueran hechas; sin embargo, es sempiterno, como lo es el Padre, y no empezó a existir en el tiempo. Pues con toda razón decimos que el Padre es anterior a todo lo que creó, aunque no sea engendrado. Porque nada hay tan primero como aquello que antes de ello nada es. Y como nada existe antes que el Padre, así nada existe antes que el Hijo unigénito, ciertamente coeterno al Padre. Ni porque Él engendró y el Hijo fue engendrado, por eso el Padre es anterior en el tiempo. Pues si entre el Padre que engendra y el Hijo que es engendrado mediase algún tiempo, en verdad existiría el tiempo antes que el Hijo, y ya el Hijo no sería el primogénito de toda criatura, porque también el tiempo es sin duda alguna una criatura. Ni *todo por él* hubiera sido hecho, si el tiempo es anterior a él; pero *todo por él* fue hecho y, en consecuencia, ningún tiempo se dio antes que él. Y por eso, así como el fuego y el esplendor, que nace del fuego y se difunde alrededor, comienzan a existir simultáneamente, el que engendra no precede al que es engendrado; así, Dios Padre y el Hijo, Dios de Dios, comienzan a ser a la vez, porque son igualmente sin principio alguno de tiempo, y el engendrado no es precedido por el que engendra. Y como el fuego que engendra y el esplendor que es engendrado son coevos, así Dios Padre que engendra y Dios Hijo que es engendrado son coeternos. Pero como el Hijo procede del Padre y no el Padre del Hijo, por eso éste recibió el mandato del Padre, ya que el mismo es el mandato del Padre; y el Padre le enseña, pues él es la doctrina paterna. Porque de tal modo recibió la vida del Padre, que él mismo es la vida, como lo es el

Padre. Así, también es semejante al Padre, y en nada absolutamente es desigual. Siendo así que el Padre y el Hijo se dan mutuo testimonio, ignoro cómo éstos pueden sostener que uno da testimonio y el otro lo recibe. ¿Acaso no dice el Padre: *Este es mi Hijo amado?* ¹⁴⁰ ¿Y el Hijo no dice: *El Padre, que me envió, da testimonio de mí?* ¹⁴¹ Luego ¿por qué los distinguen de tal modo que afirman que el Padre es testificado por el Hijo y éste el que testifica? ¿Por qué serán falaces, sordos y ciegos hasta llegar a esos extremos? Sobre el Padre que envía y el Hijo que es enviado ya se ha tratado suficiente y abundantemente en las partes anteriores de esta refutación.

La Trinidad es el único Dios

XXXV. 33. En verdad, jamás se podrá admitir lo que esta impiedad delira: "El Padre tenía presciencia de que sería el futuro Padre del unigénito de Dios"; pues siempre fue Padre, teniendo un Hijo coeterno y engendrado sin tiempo, por quien fundó los tiempos. Y como no tuvo presciencia de que sería Dios, pues siempre lo fue, así no tuvo presciencia de que sería Padre, ya que siempre existió con el Hijo. El Padre "ni es mayor que el Hijo grande, ni es mejor que el Hijo bueno", porque no sólo del Padre, sino de toda la Trinidad se dijo: *Tú eres el solo Dios grande* ¹⁴². Ni únicamente del padre, sino que se ha de entender con razón de toda la Trinidad lo que el mismo Hijo dijo: *Nadie es bueno sino solo Dios* ¹⁴³, cuando lo llamó maestro bueno aquel que aún no le consideraba Dios; es como si le dijera: "Si me llamas bueno, reconócame Dios, pues nadie es bueno sino solo Dios". Luego la Trinidad es el único Dios, solo grande y bueno, al que, siendo uno y solo, debemos servir con el culto llamado de latría, como lo manda su ley.

El Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, de la misma sustancia

XXXVI. 34. Lejos de nosotros el decir que, por humildad y no en verdad, el Hijo habló en alguna ocasión empleando tales términos para manifestar que estaba sometido al Padre, el cual era mayor que él. Ciertamente admitimos la forma de siervo en el Hijo, no fingida o simulada, sino verdadera. Así, por su condición humana y porque él procede del Padre y el Padre no es Dios que proceda del Hijo, dijo todo aquello, de lo que éstos se aprovechan para creer y pregonar que las naturalezas del Padre y del Hijo son distintas. Y sumergidos en tan profundo abismo de impiedad, nos llaman homousianos, aplicándonos un nombre nuevo como si fuera una afrenta. De tal modo se presenta la antigua verdad católica, que todos los herejes le imponen diversos nombres, mientras que ellos tienen los suyos propios, en conformidad con los cuales son llamados por todos. Así, los arrianos y eunomianos, no otros herejes, nos llaman homousianos, porque defendemos contra su error, mediante el uso de un término griego, que el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo son **ὁμοούσιον**, a saber: de la misma y única sustancia, o por decirlo de un modo más expreso, de la misma y única esencia, que en griego se llama **οὐσία**; esto se dice más claramente: de la misma y única naturaleza. Y, sin embargo, si alguno de éstos, que nos llaman homousianos, dijera que su hijo no es como él, sino de distinta naturaleza, seguro que el hijo preferiría ser desheredado a que se creyera esto de él. En verdad, éstos se ciegan con tanta impiedad que, confesando al Hijo unigénito de Dios, no quieren confesar que sea de la misma naturaleza que el Padre, sino de diversa, y desigual, y diferente de muchas maneras y en muchas cosas, como si no hubiera nacido de Dios, sino que hubiera sido hecho de la nada por Él. En consecuencia, ¿será una criatura, hijo por gracia y no por naturaleza? He aquí que los que nos quieren manchar con un nombre nuevo, llamándonos homousianos, no se consideran insensatos cuando sostienen esto.

El Hijo eterno, engendrado antes de todos los siglos

XXXVII. Pero cuando confiesan que el Hijo ha nacido antes de todos los siglos, puesto que no quieren contradecirse, afirman que el Hijo ha nacido antes de todos los siglos, pero anteponiendo algún tiempo a su nacimiento; como si los siglos o algunas fracciones de los mismos no fueran tiempo.

Mas lo que dijo el Apóstol, que el Hijo también estaría sometido al Padre en el siglo futuro, cuando afirmó: *Entonces también él estará sujeto a aquel que le sometió todo* ¹⁴⁴, ¿es cosa digna de admiración, puesto que aquella forma humana permanecería en el Hijo, y por ella el Padre es siempre mayor que él? Aunque no faltaron los que piensan que la sujeción del Hijo en el siglo futuro se ha de entender en cuanto que su forma humana se cambia en la forma de la divina sustancia, como si el estar sometido a algo consistiera en convenirse y transformarse en ello. Pero nosotros manifestamos lo que pensamos sobre esto: el Apóstol más bien quiso decir que también entonces el Hijo estaría sometido al Padre, para que nadie creyera que en él el espíritu y el cuerpo humano perecerían por alguna conversión. *Para que Dios sea todo*, no sólo en aquella forma de hombre, sino *en todos* ¹⁴⁵, es decir, hasta la naturaleza divina para tener vida y saciar con bienes nuestro deseo. Pues cuando empezamos a no querer absolutamente nada fuera de Dios, entonces Él será todo en todos; ya que Él será todo para nosotros cuando nada echamos en falta teniéndole a Él.

El Hijo enviado, obediente al Padre

XXXVIII. No sé de dónde sacan esto que "el Hijo obedeció el mandato del Padre antes de asumir la carne". ¿Acaso se le mandó tomar la carne para que parezca que hizo mandado lo que hizo enviado? Luego repasen lo que ya hemos discutido con anterioridad, y busquen y encuentren, si pueden, que el Padre mandó a su único Verbo con otro verbo, y también si era digno que el Verbo eterno estuviera sometido al verbo temporal del que manda. Y de aquí entiendan que el mandato del Padre no se le dio, como si no perteneciera a su potestad, *pues se rebajó a sí mismo, tomando la*

forma de siervo. Ciertamente, ya había tomado la carne cuando *se rebajó a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte* ¹⁴⁶.

Respuesta completa

XXXIX. Creo que he respondido a todo lo que contiene el Sermón de los arrianos, que nos fue enviado por algunos hermanos para que lo refutáramos. Y para que pueda ser examinado por aquellos que lean esto y desean averiguar si he respondido a todo, creímos que debíamos transcribir el sermón antes de nuestra refutación, para que primero se le lea y después se lea nuestra respuesta. Pues no hemos intercalado las palabras del texto completo, a fin de no hacer más extensa nuestra obra, que, por último, terminamos de este modo.

- 1 - Dt 6, 4.
- 2 - Jn 17, 3.
- 3 - 1Jn 5, 20.
- 4 - Jn 1, 1.3.
- 5 - Jn 8, 42.
- 6 - Cf. Rm 11, 36.
- 7 - Jn 16, 32.
- 8 - Sb 8, 1.
- 9 - Jn 16, 7.
- 10 - Jn 14, 26.
- 11 - Cf. Sal 8, 6.
- 12 - Pr 20, 6.
- 13 - Hb 2, 7.
- 14 - Ga 4, 4.
- 15 - Jn 6, 38.
- 16 - Cf. Lc 3, 21-23.
- 17 - Lc 4, 43.
- 18 - Jn 12, 49.
- 19 - Mt 26, 39.59.
- 20 - Flp 2, 8.
- 21 - Jn 6, 38.
- 22 - Rm 5, 12.
- 23 - Cf. 1Tm 2, 5.
- 24 - Jn 6, 38.
- 25 - Rm 5, 19.
- 26 - Jn 3, 13.
- 27 - 1Co 2, 8.
- 28 - Flp 2, 5-8.
- 29 - Sal 44, 8.
- 30 - Jn 14, 28.
- 31 - Jn 5, 21.
- 32 - Lc 23, 46.
- 33 - Mt 26, 39.38.
- 34 - Jn 10, 18.
- 35 - Jn 15, 13.
- 36 - Sal 15, 10; Hch 2, 31; 13, 35.
- 37 - Jn 1, 14.
- 38 - Sal 64, 3.
- 39 - Rm 3, 20.
- 40 - Ga 3, 11.
- 41 - Ga 2, 16.
- 42 - 1Tm 2, 5.
- 43 - 1Jn 3, 20.
- 44 - Sal 109, 1.
- 45 - 1Ts 4, 15.
- 46 - Jn 5, 22.30.
- 47 - Mt 25, 34.
- 48 - Sal 2, 7.
- 49 - Cf. Flp 2, 6-7.
- 50 - Jn 5, 22.
- 51 - Za 12, 10; Jn 19, 37.
- 52 - Is 26, 10.
- 53 - Mt 55, 8.
- 54 - Jn 5, 27.
- 55 - Jn 1, 3.

56 - Sal 109, 1.
57 - Is 53, 1.
58 - Sal 109, 1.
59 - Jn 1, 14.
60 - 1Ts 4, 15.
61 - Mt 3, 17.
62 - 1Co 15, 52.
63 - Jn 5, 30.
64 - Jn 5, 19.
65 - Ib., 22.
66 - Jn 5, 19.
67 - Jn 1, 3.
68 - 1Co 12, 11.
69 - Cf. 1Co 8, 6.
70 - Cf. Rm 9, 5.
71 - Lc 1, 34-35.
72 - Cf. Mt 1, 20-25.
73 - Cf. Mt 3, 16.17.
74 - Cf. Mt 14, 25.
75 - Jn 14, 10.
76 - Mt 12, 28.
77 - Ga 1, 1.
78 - Jn 2, 19.
79 - Gn 1, 26.
80 - Cf. Jn 5, 30.
81 - Jn 5, 26.
82 - Jn 5, 30.
83 - Cf. 1Co 2, 14.
84 - 1Jn 2, 1.
85 - Jn 14, 16.
86 - Jn 16, 7.
87 - Jn 14, 26.
88 - Is 48, 12-16.
89 - 2Co 7, 6.
90 - Dn 3, 87.
91 - Mt 19, 28.
92 - 1Co 2, 15.
93 - Ib., 6, 15.19.
94 - Dt 6, 13.
95 - Mt 17, 5.
96 - Lc 2, 51.
97 - Jn 5, 19.
98 - Jn 16, 14.
99 - 1Co 2, 11.
100 - Lc 4, 18.
101 - Cf. Lc 4, 1.
102 - Jn 17, 4.
103 - Jn 16, 14.
104 - Cf. Rm 12, 10.
105 - Jn 17, 5.
106 - Jn 16, 15.
107 - Jn 5, 19.
108 - Jn 16, 15.
109 - Jn 16, 15.
110 - Rm 8, 26-27.
111 - Gn 22, 12.
112 - Ga 4, 9.
113 - Ef 4, 30.
114 - Cf. Rm 5, 5.
115 - Ib., 8, 15.
116 - Ga 4, 6.
117 - Cf. Jn 2, 16.
118 - Rm 8, 26.
119 - 1Co 1, 24.
120 - Jn 1, 14.
121 - St 1, 18.
122 - Jn 1, 14.

123 - Sal 2, 7.
124 - Sal 21, 11.
125 - Jn 5, 19.
126 - Jn 5, 23.
127 - Dt 6, 13.
128 - 1Co 6, 19-20.
129 - Jn 6, 44.
130 - Jn 14, 25.
131 - Jn 16, 7.
132 - Jn 14, 6.
133 - Jn 12, 28; 17, 5.4.
134 - Mt 23, 8.
135 - Jn 1, 9.
136 - Ex 31, 13.
137 - Ez 20, 12; cf. Lv 21, 23; 22, 9.16.
138 - Jn 8, 28.
139 - Col 1, 15-16.
140 - Mt 3, 17.
141 - Jn 8, 18.
142 - Sal 85, 20.
143 - Mc 10, 18.
144 - 1Co 15, 28.
145 - 1Co 15, 28.
146 - Flp 2, 7-8.